

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL DIA QUE NO SALIO EL SOL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

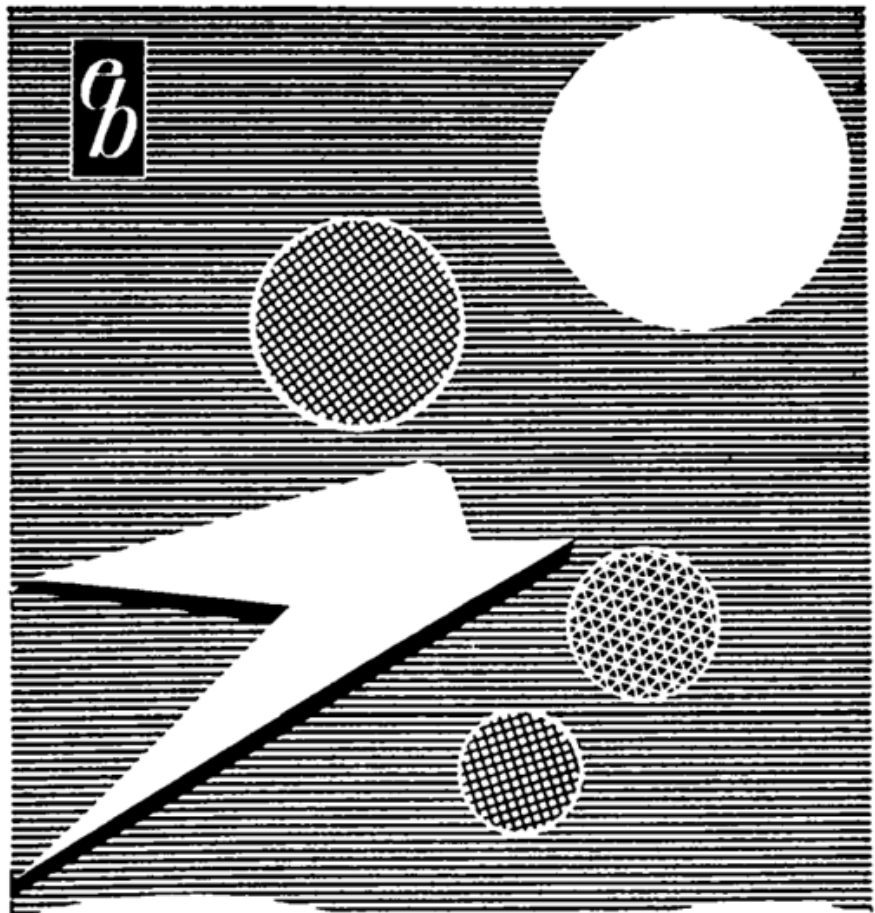
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL DIA QUE NO SALIO EL SOL

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

240—*Las muñecas robiónicas*—Ralph Barby

241—*Materia vital*—Clark Carrados

242—*Muñecas mecánicas*—Curtis Garland

243—*Cementerio espacial*—Marcus Sidéreo

244—*Los libertadores del espacio*—J. Chandley

RALPH BARBY

**EL DIA QUE NO
SALIO EL SOL**

Colección

LA CONQUISTA DEL
ESPACIO n.º 245

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.331 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1975

© **Ralph Barby** - 1975

texto

© **Salvador Fabá** - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

deEDITORIAL BRUGUERA,S. A.

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

Pensativo, se acomodó en uno de los butacones de la cinta transportadora a través de los túneles subterráneos.

Se sumió en sus pensamientos y a su mente acudió nítida la imagen de Judith Campanella, doctora en Antropología y licenciada en Arqueología.

En aquellos momentos, la joven debía de estar en el desierto de Egipto con el equipo del eminente Goriev, estudiando los orígenes de la cultura del *homo sapiens* y llevando a la práctica hipótesis para la obtención de datos por el sistema comparativo.

Al capitán de la *Police Mundi Federal*, Alan Sakerman, de todo el proyecto del profesor Goriev lo que más le interesaba era la doctora Campanella y pensaba visitarla en breve, puesto que tras la misión que se le había encomendado en Turquía tendría unos días de licencia.

Cuando llegó a la altura de la entrada del hangar A-55 saltó de la butaca, que funcionaba bajo el principio de los primitivos telesillas. Se internó en el hangar iluminado en azul, una luz fría que no molestaba en absoluto a la vista.

El sargento Horemheb le aguardaba junto al vehículo policial «Omega 2020», que destacaba ostensiblemente de cualquier otro patrullero. Era más grande, su utillaje bélico mucho más potente, sus motores atómicos de casi ilimitado radio de acción y a lo largo del fuselaje tenía pintadas dos rayas rojas con su identificación, lo que le daba paso franco a todas las instalaciones, fueran militares o científicas, aun las que en cuya entrada había el letrero bien visible de: «Prohibido el paso».

—El «Omega» está repasado y listo, capitán. ¿Adónde nos dirigimos?

—A Turquía —respondió Alan Sakerman al suboficial, un gigante negro, posible descendiente de la raza nubia.

Al capitán Sakerman le agradaba como compañero. Era jocosos en ocasiones, pero sabía salir airoso de las situaciones difíciles. Estaba preparado para cualquier clase de lucha y resultaba un excelente especialista electro-mecánico de vehículos. Las averías de la nave «Omega 2020» se convertían para él en un problema con solución.

—¿Hay algún asunto allí?

Sakerman se acomodó en la butaca anatómica frente a los mandos del aparato.

El sargento Horemheb se situó en la butaca contigua, frente al parabrisas de acero-plástico transparente.

—Vamos a hacer una visita a Gurú Zail.

—Vaya. ¿Tiene una orden de arresto contra ese embaucador de melancólicos, misántropos e inadaptados, o simplemente vamos a visitar su zoológico?

—Sólo se trata de hacerle unas preguntas, simple rutina. No creo que a Gurú Zail se le pueda sacar nada en limpio. Es un sujeto muy listo y astuto; por eso tiene tantos seguidores que creen lo que dice y cumplen lo que les ordena.

Con habilidad y sencillez al mismo tiempo, el capitán Sakerman situó la nave frente a uno de los túneles de salida de los hangares del Centro Mundial de la Policía Federal, cuyas siglas eran PMF.

Todos sus miembros, fueran del rango que fuesen, debían de llevarlas bien visibles en el brazo, cosidas sobre la manga izquierda, tres pulgadas por debajo de la parte superior del hombro, y en el sector frontal del casco, por encima del protector visual.

Salieron del túnel y ascendieron a cuarenta mil pies.

A esta altitud de privilegio, vedada a las naves privadas y de servicio público ordinario, el capitán Sakerman tecleó su destino en el programador y luego colocó la palanca de mando automático.

La «Omega 2020», a gran velocidad, puso proa a Turquía.

Al oeste de Anatolia tenía Gurú Zail un zoológico privado en su gran finca dotada de grandes medios modernos de climatización, que la convertían en un verdadero oasis en medio del desierto.

A ella acudían jóvenes de ambos sexos que buscaban la libertad espiritual, como décadas antes de la Tercera Guerra Mundial lo buscaran *hippies* y sucedáneos, sin hallarla tampoco.

Después de la tercera conflagración mundial (que además de los lógicos desastres atómicos había dado como resultado un Gobierno Mundi-Federal) habían sobrevenido unos años de fría civilización.

Una vez lograda la reconstrucción de lo perdido, el confort y el bienestar, alejado todo fantasma de hambre y enfermedad, equilibrada la población en su demografía y en la repartición de recursos como jamás se había conseguido, habían aparecido de nuevo los descontentos, los aburridos, los desintegradores del sistema que acusaban a las autoridades de anquilosamiento.

—¿Cree que esos chicos tienen razón con sus quejas?

Sakerman quedó pensativo un instante y luego respondió.

—Si he de decir la verdad, creo, efectivamente, que parte de razón sí la tienen. Siempre hay cosas susceptibles de mejora, siempre hay quienes, una vez en lugares ejecutivos, se aferran a ellos y tratan de utilizarlos en provecho particular, o simplemente no ven que el *homo sapiens* es, por antonomasia, un ser evolutivo. Tratar de ponerle un traje que sirva para siempre es imposible, hay que evolucionar constantemente. Lo malo es que, por quejarse de unos, los desorientados siempre caen en manos de otros. Y en el caso que nos ocupa, caen en manos de ese extraño individuo llamado Gurú Zail, que nadie sabe de dónde ha salido.

—Es un afectado por las radiaciones atómicas de la última guerra, un mutante.

—Sí, es un mutante y quizá eso le favorece a los ojos de quienes buscan esa atávica verdad que jamás nadie parece haber encontrado totalmente o, por lo menos, probar que se ha encontrado.

—Si se pudiera demostrar a esos jóvenes que es un embaucador que les toma el pelo, se les caería la venda de los ojos y dejarían de acudir en peregrinación a su oasis de Anatolia.

—Es muy difícil probar que se trata de un farsante. Es un tipo muy astuto y listo. Por otra parte, a los que creen en él les ofrece una nueva vida después de la muerte y, a cambio, sólo les pide que le lleven una planta o un animal.

—¿Y qué trata con ello, aumentar su jardín zoológico y botánico?

—Como tiene tanto éxito y recibe muchos visitantes, yo diría que el suyo es el jardín más completo que existe.

—Y luego, cuando lo tenga saturado de todo, ¿qué hará?, ¿cobrar una entrada y hacerse rico por este sistema?

—No lo sé, Horemheb, no lo sé, aunque no creo que la necesite. Es un hombre que ya vive bien y los animales y las plantas se los

cuidan meticulosamente sus prosélitos. Además, él ya es rico; sin embargo, no hace ostentación. Creo que algún día descubriremos cuáles son sus verdaderas intenciones. Quizá sólo tenga deseos de ambición, de poder espiritual, o quizá sea un visionario.

—Lo siento capitán, pero me inclino a creer que es un embaucador, aunque no le conozco personalmente. Lo digo por lo que he podido ver en los reportajes de la TV. Simplemente me cae mal.

—A mí también, pero nadie ha podido probar nada en su contra. Al parecer, en su oasis de paz están prohibidas toda clase de drogas. No se atenta contra el gobierno Mundi-Federal, no hay belicosidad, e impera la paz entre los que allí acuden.

—Si leemos la historia, ya hubo un Gurú Maharaj-Ji que se llevaba consigo a los jóvenes que buscaban la paz y la verdad. Una lástima que se desatara la Tercera Guerra Mundial a causa del crack económico de los hipercivilizados. Nos quedamos sin saber si el Gurú Maharaj-Ji obtuvo o no buenos frutos espirituales.

»La historia nos habla de que en todas las épocas aparecen tipos extraños con gran personalidad, poder psicológico, hipnosis de masas y de que sus prosélitos se multiplican. Algunos de estos tipos pierden toda su influencia antes de morir, otros la mantienen mientras viven y luego existen otros cuya fuerza y poder perdura aún después de muertos. ¿Cómo cree que será Gurú Zail?

—Sería adivino si lo supiera; sólo el tiempo puede sentenciar tales cuestiones. Sin embargo, nosotros no somos nadie para juzgarle en este sentido. Tenemos otros problemas que resolver. Somos agentes de la policía Mundi-Federal y nos atenemos a hechos, a la investigación de problemas estrictamente expuestos en las leyes que no pueden ser transgredidas. En cuestión de filosofías y religiones, hay libertad completa para todos, siempre que ninguna secta trate de militarizarse para imponerse a otras. Por cierto, el piloto automático nos advierte que estamos llegando a nuestro destino.

La nave «Omega 2020», coniforme, con unas pequeñas alas direccionales, descendió hacia el parking que se extendía al sur del oasis, pues estaba prohibida la entrada en él a toda clase de vehículos.

El oasis ocupaba un espacio que comprendía unos millares de hectáreas, con abundante y selecta vegetación. No había cercado para él, pues bastante cercado constituía el aplastante desierto que lo circundaba por completo en millas y millas en todas direcciones.

Unos jóvenes, vestidos con algo semejante a un taparrabos

primitivo, y con el torso al descubierto, se les acercaron,

—¿No traen nada al paraíso de Gurú Zail, oficiales?

—Una fumigadora para los piojos —replicó el sargento negro Horemheb,

—No hay piojos desde el término de la Tercera Guerra, sargento; se murieron con las radiaciones atómicas.

—Sí, pero en las enciclopedias audiovisuales se les describe muy bien. Hay excelentes fotografías de ellos y me parece que estoy viendo a unos cuantos con síndrome de gigantismo.

—¿Nos está llamando piojos o piojosos, sargento?

—Vamos, Horemheb, no busque pleitos —le pidió el capitán Sakerman, internándose en el oasis por el camino principal.

A derecha e izquierda, entre la escogida vegetación, se criaban animales. Los que eran del tipo salvaje, peligrosos, se hallaban rodeados por cercas; los demás, estaban en libertad. También por allí había jóvenes de ambos sexos, vestidos con la mínima expresión de ropa.

Tanto las chicas como los chicos eran de las más diversas razas.

Frente a los ojos del sargento Horemheb pasó una joven mulata de hermosas caderas y alto busto. Utilizaba poquísima ropa y el sargento se vio obligado a girar la cabeza. Sakerman le empujó suavemente hacia delante.

—Vamos, sargento, ¿no decía que eran vagos y piojosos?

—Rectificar es de sabios, ¿no?

Se adentraron en el oasis.

En el centro del mismo se alzaba una primitiva edificación pétrea y repartidas a su alrededor, muchas chozas de las que escapaban risas y extraños poemas recitados en ignoradas lenguas.

Por una escalinata ascendieron a una terraza superior.

Allí había otra edificación antigua similar a la anterior, arreglada para protegerse del sol, puesto que allí no llovía. El riego se efectuaba por medios muy funcionales y técnicos de aspersión.

No era la primera vez que Alan Sakerman visitaba el oasis y sabía

que bajo aquella ruina había todo un complejo moderno, utilizado con los avances de la tecnología para controlar y dirigir el cuidado del oasis artificial.

Para no pisar a los que estaban tendidos allí de cualquier forma o sumidos en éxtasis de concentración meditativa, hubieron de ir con cuidado y pasar sus botas recias, de policías especiales, por entre las piernas de los jóvenes.

Se dirigieron hacia una puerta. Cuatro jóvenes musculosos trataron de cortarles el paso, pero Sakerman se les enfrentó.

—Decidle a Gurú Zail que el capitán Sakerman quiere hablarle. Vamos, rápido o tendré que utilizar métodos más expeditivos.

No tuvieron que decir nada. Casi de inmediato, escucharon la voz monótona, rítmica y algo pastosa de Gurú Zail llegando claramente hasta ellos.

—Adelante, capitán Sakerman. Siempre es grato recibirle en este oasis de amor y paz

Al escuchar la voz de su maestro, los jóvenes se retiraron a un lado.

El sargento negro los miró, irritado y desafiante. Sakerman le hizo una seña para que le siguiera y ambos descendieron por una escalinata.

Llegaron a una gran sala que contrastaba brutalmente con el exterior por su tecnología. Todo estaba lleno de controles, de pantallas de TV color en circuito cerrado y otras para captar programas del mundo entero.

Algunos chicos y chicas, semidesnudos como los que estaban arriba, atendían aquel complejo electrónico.

Sentado sobre una especie de trono se hallaba Gurú Zail, vestido con la túnica dorada de la gran ciencia y gran filosofía lamaísta.

Alan Sakerman estaba convencido de que aquel hombre obeso y algo deforme, de cráneo exento de cabello, era un fraude, pero no podía hacer o decir nada. Los jóvenes le seguían y él les ofrecía aquel oasis, nadie sabía aún por qué y para qué.

—Bienvenido de nuevo, capitán Sakerman.

—Veo que todo le funciona a la perfección, Gurú Zail.

—Porque de mí emana la paz y el bienestar. Todos los jóvenes que vienen aquí lo saben y si luego desean marchar, nadie les retiene.

—¿Y cómo los alimenta? —preguntó el sargento Horemheb.

—Ellos cogen frutos y raíces que tanto abundan en el oasis. Aquí no se encienden fuegos ni sé come carne.

—Pues usted sí hará alguna excepción para conservar toda la grasa que tiene encima, ¿verdad?

—Creo, capitán Sakerman, que su subordinado es poco delicado.

—Sí, resulta bastante expeditivo, pero es un buen oficial de policía. Si quiere elevar una protesta, yo me responsabilizo de las palabras dichas por el sargento.

—Ustedes, los policías, ven mal en todas partes, por eso son tan drásticos —dijo con un suspiro, levantándose de su trono situado en una tarima a la que se llegaba mediante tres peldaños que lo rodeaban totalmente.

La túnica arrastraba por el suelo. Gurú Zail llevaba muy brillante el cuero blanco rosado de su cráneo, untado con ámbar gris, extraído de las entrañas de algún cachalote. Despedía un perfume que a Sakerman, por su intensidad, le molestaba.

—Gurú Zail, estoy aquí porque han desaparecido las gemelas Lorenes.

—¿Las gemelas Lorenes? ¿Y se supone que yo debo de conocerlas? —preguntó mirándole con sus ojos pequeños y entreabriendo sus labios delgados.

—Todo el mundo conoce a las gemelas Lorenes: Yiyi, Jana y Vlasta, la una rubia, pelirroja la otra y morena la tercera. Tres bonitos ejemplares de chicas que han salido en varias ocasiones por las cadenas de TVcolor como especialistas en danzas exóticas con gran éxito entre el público masculino, como es lógico.

—Sí, creo que las recuerdo, eran tres jovencitas, pero ¿qué tienen que ver ellas conmigo?

—Esas chicas han desaparecido. Tenían que cumplir unos contratos y no se han presentado. También su familia, que por cierto es muy importante pese al estilo de vida que ellas preferían llevar, se ha interesado por su búsqueda.

—Entiendo, y la *Police Mundi Federal* supone que esas tres bellezas están aquí, en mi oasis.

—Pues sí. Se tiene noticia de que la última vez que se las vio fue aquí precisamente.

—En ese caso, busquen por el oasis. Yo no llevo control de cuantos arriban o se marchan. Les ofrezco mi posesión y mi filosofía. Cada noche les hablo desde la terraza grande y nunca puedo verles la cara a todos.

—Bueno, sé que en la terraza grande muchos ofrecen una medida de su arte en baile o canto.

—Todo espiritual, muy espiritual, capitán Sakerman. Aquí pese a lo que digan mis detractores, no se celebran orgías. No, no es un lugar para dar espectáculos y ya sabe que incluso tengo prohibida la entrada a las productoras de programas de diversión popular. Estos jóvenes buscan la verdad, se entregan a lo que hacen, no importa lo hagan bien o mal; lo esencial es que se entregan y no han de ser motivo de diversión para nadie.

—De acuerdo, Gurú Zail, de acuerdo. No me interesa lo que esos jóvenes hagan o dejen de hacer en su paraíso de meditación y amor; yo quiero encontrar a las hermanas Lorenes y que ellas me respondan que se encuentran bien y que es voluntad suya el no cumplir con sus contratos ya concertados con anterioridad. No olvide que hay mucha prevención en el mundo contra su oasis de paz y que al Gobierno Mundi Federal arriban continuamente peticiones para que sea cerrado.

Gurú Zail sonrió melifluamente. Cruzó sus manos gordas, que rezumaban un sudor sanguinolento y respondió sin alzar la voz lo más mínimo.

—Y no olvide usted que este tema fue sometido a la votación del Gran Parlamento y que, democráticamente, se me concedió el derecho a seguir manteniendo este oasis, ya que no me lucraba en absoluto de los jóvenes.

—Sí, ya sabemos que sólo les pide que traigan un animal o una planta, pero a mucha gente no le gusta este oasis. Se dice que aquí se practican ritos nefastos.

—¡Qué tontería! Los que así hablan es que desean retornar a la oscuridad del medioevo y anclarse en él. Para ello, intentan acusarme de brujo, mago o algo por el estilo. Capitán Sakerman, busque, busque por el oasis a las tres gemelas Lorenes y si las encuentra, salúdelas de

mi parte. Ellas, como todos los que aman la paz, tienen mi bendición. Por cierto, si desean pasar la noche en el oasis, pueden hacerlo. Comprobarán que no hay nada que pueda resultar punible según las leyes del Gobierno Mundi Federal. Ahora, si me disculpan...

Gurú Zail se alejó hacia una puerta excavada en un gran bloque de piedra. A su paso quedaba un reguero, muy ligero pero claramente perceptible, de gotitas rojas.

—¿Es cierto que eso es sangre? —preguntó el sargento Horemheb preocupado, mirando la doble hilera de gotas.

—Sí. Suda sangre constantemente; ésta se desprende por las palmas de sus manos. Y cae por las puntas de sus dedos. Esta enfermedad le singulariza todavía más. Creo que ha de beber mucho líquido para resarcir los diez litros, poco más o menos, que pierde diariamente de sangre.

—¡Qué dice! ¿Diez litros? ¿No estará bromeando, capitán?

—No, Horemheb, no bromeo. Hay acusaciones de que utiliza la sangre de los jóvenes para compensar, pero no se ha podido demostrar. Suda sangre abundantemente por las palmas y bebe mucho líquido, pero un equipo de médicos oficiales comprobó que manteniéndolo aislado y dándole sólo agua y cerveza para beber, eso sí, en grandes cantidades, seguía transpirando sangre y que la de sus venas conservaba la misma concentración de hematíes y leucocitos sin que se le hiciera transfusión alguna de plasma de ningún tipo. Él toma líquido y su organismo fabrica sangre de forma continuada. Es un fenómeno inexplicable, causado por las radiaciones atómicas de la pasada guerra mundial que afectaron su organismo. En fin, no soy médico y si los propios doctores no han podido hallar la causa de su extraño mal, menos puedo, descubrirla yo. Ahora vamos, investigaremos por todo el oasis y haremos preguntas, a ver si alguien las ha visto.

—¿Y nos quedaremos por la noche para presenciar su fiesta?

—Sí, es cuando mayormente se concentran y entonces podríamos encontrar a las desaparecidas Lorenes.

—¿Las susodichas gemelas son tan importantes para ser encontradas o es que gente influyente pretende que ellas sean el pretexto para clausurar este oasis de Gura Zail y terminar así con su poder sobre esta juventud que se busca a sí misma como tantas otras de tiempos pasados?

—No lo sé, sargento, no lo sé. Yo sólo soy un oficial en cumplimiento de mi deber. Busquemos. Si están en el oasis, tenemos que dar con ellas. Son tres preciosidades inconfundibles.

Y salieron al exterior donde había una agradable temperatura, gran variedad de flora y fauna y multitud de jóvenes que allí escapaban a todos los problemas, pues nada tenían que dar ni nada se les exigía.

Gozaban de una supuesta libertad dentro del oasis de amor y de paz de Gura Zail, pero en lo que no profundizaban los que allí estaban era en que aquel paraíso no era natural, sino totalmente artificial.

CAPÍTULO II

El profesor Goriev, en medio del desierto egipcio, lejos de la gran presa de Asuán y sus humedales, observaba los trabajos de investigación comparativa.

Muchos le creían un loco, otros un aprovechado. Los más, pensaban de él que era un científico honrado que había emprendido un camino que no le llevaría a ninguna parte, pero la *Fundación Astralis*, de ámbito mundial, le había concedido los fondos necesarios para sus investigaciones sin fijarle fecha.

El profesor Goriev y su equipo llevaban ya obtenidos interesantes descubrimientos científicos que no habían expuesto a la opinión pública porque, ya que los fondos para la investigación pertenecían a la *Fundación Astralis*, los descubrimientos debían de ser controlados por ésta y luego su consejo ejecutivo decidiría en consecuencia.

El ingeniero nuclear Fritz Hansher, de origen alemán, había realizado interesantísimos descubrimientos, evolucionando sobre otros ya conseguidos por colegas suyos.

El terceto principal del equipo lo redondeaba la doctora Judith Campanella, italonorteamericana.

Se hallaban en la gran *roulotte* climatizada para escapar al riguroso sol y sequedad del desierto. Judith Campanella, perspicaz, veía con qué satisfacción el profesor Goriev (de ascendencia rusa) saboreaba su ya casi total éxito que, en parte, se conseguiría al día siguiente. Lomás difícil sería que los restantes científicos del mundo lo reconocieran, pues podrían alegar las mismas palabras que anticipó el magro, y de ordinario reconcentrado, ingeniero alemán, hombre de unos cuarenta años, de barba y bigotes rubios con una débil tonalidad rojiza.

—Dirán que es una hipótesis más.

El profesor Goriev, sin mirarle, se echó hacia atrás en su butaca dentro de la gran *roulotte* de sesenta metros cuadrados de superficie habitable. Tomando su pipa, dijo con gran tranquilidad y seguridad en sí mismo:

—Pueden alegar eso o cualquier otra barbaridad, me da igual, pero creo que hemos hallado la clave de la construcción de las

pirámides. Nadie podrá apearne del burro, y disculpe este giro tan arcaico. Hemos construido una pirámide igual a la de Keops en altura, situación, tipo de piedra, geometría espacial de los bloques, etcétera.

—Cualquier profano sabe que con las técnicas actuales el hombre puede construir prácticamente lo que quiera —respondió Fritz Hansher.

La joven y bella doctora Campanella observó a su vez:

—Los reporteros y también los especialistas alegarán que nuestra pirámide no puede ofrecer los mismos resultados que la de Keops, pues no tenemos un tiempo de milenios para compararla. Ahora se ve completamente nueva, flamante.

—Sí, es nueva, pero la hemos construido basándonos en mi teoría de que las pirámides fueron levantadas por extraterrestres de civilizaciones muy avanzadas y utilizadas luego por los egipcios como habitáculos de desechos, como podrían ocupar ahora pueblos semicivilizados los rascacielos abandonados de Manhattan, rascacielos que en su tiempo fueron orgullo de la técnica y que ahora no son más que esqueletos muertos de acero, hormigón y cristal, donde sólo anidan las aves protegidas por el Departamento de Etolofederal. La desconocida y avanzadísima civilización dejó las pirámides como restos y los egipcios se las apropiaron. Luego, cincelaron en sus piedras los jeroglíficos que contaban su historia, pero las piedras ya estaban ahí, ellos no las habían colocado, según mi teoría[1].

—Hemos resuelto varios enigmas gracias a la técnica —apuntó el ingeniero alemán.

—Sí, una técnica que puede ser similar a la que poseyeron los que construyeron las pirámides. Por lo menos, hemos conseguido dos cosas importantes: una, obtener los bloques de piedra que constituyen la pirámide mediante molde, como si se tratara de vulgares ladrillos.

Ante la observación, el sesentón profesor Goriev no pudo contener una corta carcajada de satisfacción. Apartó la pipa de su boca para luego decir, casi atagantándose:

—Tantos milenios desde Heródoto a nuestros días pensando que los bloques de piedra habían sido obtenidos en las canteras a base de cincel, martillos, instrumentos de percusión y golpes, para ahora llegar nosotros y demostrar que se podían conseguir de forma distinta.

—Bueno, profesor, sabemos que había ciertas teorías, incluidas dentro de una supuesta magia de los sacerdotes egipcios, de que estos

bloques podían haberse obtenido por reblandecimiento de las piedras mediante el empleo de jugos de extrañas hierbas que las ablandan hasta el punto de poder amasarlas.

—Habrían necesitado tantos extractos de planta que se hubieran ahogado en un mar de jugos reblandecedores. Ni siquiera pensé en el rayo láser para cincelar la piedra, hubiera sido demasiado fácil. Nuestro compañero Hansher halló la solución técnica al problema.

—Una caldera de fusión de piedra que la convierte en verdadero magma pastoso. Se vierte luego en los moldes abiertos en la propia tierra, como si fueran fosas. Una vez fría la masa pétrea, sólo habían que cavar en derredor y extraer el bloque de las dimensiones requeridas y con la forma adecuada. Lo que usted ha dicho, profesor Goriev, como si fueran gigantescos ladrillos.

—Y el segundo problema lo ha resuelto usted con un alarde que asombrará al mundo cuando se propague.

—Tengo que admitir que es un buen descubrimiento, aunque peque de inmodesto al decirlo. Neutralizar la gravedad terrestre aquí abajo, pegados a la tierra, era algo que sólo una civilización súperdesarrollada podía alcanzar.

—Confieso que ha sido para mí algo apasionante la desgravitación de los bloques de piedra para moverlos a voluntad y trasladarlos desde su lugar de obtención al de ubicación definitiva. Como ingeniero que soy, me parecía, imposible conseguir su elevación sin utilizar energía artificial.

—Fue una idea que se me ocurrió cuando era muchacho, pero sólo ahora he podido llevarla a la práctica. Un cuerpo no pesa por sí mismo, sino que pesa en proporción a lo que es atraído por el núcleo de la Tierra. Una idea infantil, ingenua, que puede encontrarse a los primeros niveles de enseñanza, expresada con más o menos distintas palabras. Por eso los cuerpos flotan en el éter si han escapado a la gravedad del planeta. Recuerdo que cuando niño disfrutaba viendo las filmaciones en la arcaica TV-color de los astronautas flotando en el espacio exento de gravedad. Más tarde, profundicé en las teorías de las gravitaciones compensatorias, en la influencia de la Luna sobre nuestros mares y también sobre las mujeres.

—No se preocupe por mí, profesor —medió la doctora Campanella con una sonrisa comprensiva—. Eso mismo se ha teorizado ya a lo largo de los tiempos.

—Sí, claro. Bueno, pues pensé que si un planeta de gravedad

similar a la terrestre se situaba por su periplosolar a la vista de la Tierra en su máximo de aproximación, se podía aprovechar su fuerza gravitatoria para compensar la terrestre y obtener así una fuerza igual a la que atrae los cuerpos hacia el centro de la Tierra. De esta forma, los cuerpos quedarían sin peso, como flotando en el espacio.

—Pero, ¿cómo pudo imaginar que la gravedad de un lejano planeta podía llegar intacta a la Tierra a través de los espacios y ser aprovechada en un punto totalmente localizado y ridículamente pequeño, calculando en proporción la distancia a que se halla el planeta Venus?

—Comencé a aventurar esta posibilidad al establecer que la fuerza de la gravedad no era algo incontrolable e invisible, sino algo que traspasa nuestros cuerpos, una fuerza que se irradia en todas direcciones y que es perpendicular al núcleo terrestre. No existe materia alguna conocida que frene su paso, ya que si sobre una pirámide de bloques pétreos se deja caer una piedrecita, ésta es igualmente atraída sobre la misma, lo que indica que la fuerza de la gravedad traspasa limpiamente todo el bloque de piedras constituido por la pirámide entera. Algo fantástico y simple como el tan cacareado huevo de Colón.

—Pero que ha resultado totalmente cierto, profesor —le aplaudió el ingeniero Hansher.

—Sí, aunque lo importante no era la teoría, sino llevar ésta a la práctica y hemos sido los primeros en conseguirlo. Un receptor de gravedad extraterrestre, formado por unas rejillas de aleaciones metálicas radio-isotópicas, ha concentrado la débil señal, amplía en área de recepción, en un haz determinado de dimensiones moderadas, hasta conseguir la nivelación casi total de la gravedad terrestre. Gracias a ello, un bloque de cuarenta toneladas puede ser movido por un solo hombre, algo casi de magia, pero logrado científicamente.

—Pero, sólo mientras el planeta Venus esté a la vista en su punto de conjunción máxima, profesor Goriev —observó el ingeniero—. Es decir, en el período de acercamiento entre 38 hasta 50 millones de kilómetros y eso ocurre cada dos años. Luego, la señal se pierde y hay que esperar un nuevo ciclo de máxima conjunción.

—Es el principio, el embrión de toda una técnica a desarrollar. ¿Qué dirán cuando se consiga captar y condensar en un haz la fuerza de la gravedad del gigantesco Júpiter, que es dos veces y media superior a la de la Tierra?

—Es algo prodigioso, profesor. Es como el amplio tejado de una casa de grandes proporciones que recibe las gotas de lluvia que nada significan una a una, pero que al concentrarse en el canalón de desagüe forman una fuerza considerable. O como el agua recogida por las montañas; una sola gota apenas mueve una hoja de hierba y, sin embargo, al encontrarse en las torrenteras arrastra grandes piedras y destruye cuanto halla a su paso.

—Mañana por la mañana colocaremos la cúspide de la pirámide —dijo el alemán. Después, preguntó—: Y usted, doctora Campanella, ¿cómo ve la supervivencia de los supuestos extraterrestres que construyeron las pirámides?

—Mis estudios se fundamentaron en las propias técnicas de los egipcios que, forzosamente, debieron ser burdas pero interesantes copias de lo que harían los que aquí estuvieron. Creo que dentro de las pirámides podía lograrse una hibernación perfecta, aislándose del exterior mediante sus paredes pétreas y consiguiendo un perfecto vacío biológico. Por supuesto, debieron de utilizar una tecnología muy avanzada que luego, al abandonar la pirámide, se llevaron consigo, ya que los supuestos extraterrestres no dejaban nunca nada que pudiera delatar su paso, salvo que se les olvidara. Todo lo que de ellos nos ha quedado es lo que observaron los ojos de los humanos que habitaban la Tierra que pintaban o modelaban lo que habían visto más o menos figurativamente.

De pronto, sonó un timbre. Judith Campanella alargó su mano hasta el mueble de informática. Se iluminó la pantalla de TV-color y apareció la imagen de uno de los vigilantes situado en la cantera, que les advertía:

—Una nave de la policía Mundi-Federal se dirige al campamento.

—Bien, gracias por avisar. —Y desconectó la pantalla.

—Tenemos visita, ¿eh? —preguntó el profesor Goriev.

—Quizá sea ese pesado del capitán Sakerman —observó Hansher, un tanto resentido.

Buscó su cachimba como pretexto para hacer algo, al tiempo que miraba a Judith de reojo para ver como reaccionaba.

—El capitán Sakerman no es ningún pesado, es un hombre muy inteligente y capacitado para su trabajo.

—No es un científico —puntualizó Hansher con el acento

germánico que lo caracterizaba.

—Es un investigador y un hombre de acción, ingeniero Hansher —le contestó Judith cuando de ordinario le llamaba simplemente Fritz.

—Parece que tenemos a la profesora enamorada de un policía —dijo el profesor Goriev con una sonrisa comprensiva—. Bien, dispensaremos una favorable acogida al capitán Sakerman, si es que se trata de él.

Judith se sonrojó ligeramente y dio la espalda a Hansher para que no lo notara.

A Goriev lo estimaba como a un padre, y al ingeniero Hansher como a un amigo y compañero de trabajo. Se había dado cuenta de que este último, aunque parco en sus palabras y demostraciones, sentía por ella algo más que simple amistad y colaboración, lo que Judith lamentaba, pues no le podía dar reciprocidad.

Salieron al exterior. Hacía una cálida noche. Unas luces altas iluminaban el campamento que, por ir sobre ruedas, podía ser trashumante.

No tardaron en ver llegar la nave «Omega 2020» que se situó en vertical al campamento.

Proyectó unos focos de luz verdosa justo en el lugar donde pensaba tomar tierra para que nadie se situara debajo y luego, despacio, comenzó a descender.

Una vez efectuada la toma de contacto, los motores dejaron de silbar y se abrió la escotilla lateral, apareciendo una escalera metálica y plegable por la que bajaron el capitán Sakerman y su acompañante en las misiones, el sargento Horemheb, aquel negro de elevada estatura y complexión recia, capaz de poner fuera de combate a cualquier que se colocara al alcance de sus macizos puños enfundados en guantes negros que constituían parte del uniforme, lo mismo que los cascos con protección ocular y que ocultaban gran parte de sus rostros, capacitándoles para enfrentarse a proscritos de la justicia aunque éstos estuvieran provistos de fusiles láser. Los cascos, incluido el cubreojos, reflectaban el rayo, no así los mentones, que aparecían duros y pronunciados en ambos, al desnudo.

—Buenas noches —saludó Sakerman acercándose al trío de científicos.

—¿De misión, capitán? —le preguntó afable el profesor Goriev,

—No. Tengo unos días de licencia.

—¿Y el sargento también?

—Sí, yo también —respondió el aludido.

—¿Y dónde va el capitán va usted también obligadamente? —inquirió con algo de sarcasmo el ingeniero Hansher. Veía en Sakerman un rival en lo que a Judith se refería.

—No, el sargento se irá a divertirse adonde le parezca, pero le he pedido que me acompañe para que viera la pirámide del siglo veintiuno.

—Sí, es muy interesante. La verdad es que en todas partes donde el capitán Sakerman mete sus narices, y disculpen la expresión, siempre encuentro algo curioso u original. Hubieran visto las atracciones en el oasis de la paz y el amor de Gurú Zail... Aquello es algo inolvidable. Chicos y Chicas extasiados unos, salmodiando otros, danzando ellas, saltando por encima de las hogueras encendidas... Se retrotraía uno a tiempos primitivos.

—Vaya, parece que sí es divertido ver aquellas chicas sin inhibiciones entregándose a sus orgías —observó Judith molesta, tratando de disimular sus sentimientos.

—Estábamos cumpliendo una misión. La verdad es que tendremos que pasar el caso a la rutina de las investigaciones lentas y para eso ya existe otro departamento.

—¿Qué le ocurre, capitán Sakerman, ha quedado influido por las chicas? ¿Es cierto que bailan desnudas o algo así?

Judith miró irritada al ingeniero que había hecho aquella intempestiva pregunta y se dispuso a alejarse, pero el profesor Goriev, dándose cuenta de ello, paternalmente le pasó un brazo por encima del hombro y dijo:

—Han llegado ustedes a tiempo. Serán los primeros que, sin formar parte del equipo, podrán contemplar la pirámide del siglo veintiuno, construida por nuestra civilización, y yo sostengo que utilizando los mismos procedimientos que la avanzadísima civilización tecnológica que edificó las que ya existen.

—De modo, profesor, que está usted obstinado en su teoría de que esas pirámides no las construyeron los egipcios —dijo el sargento

un tanto socarrón.

—Evidentemente, no, y creo que mi postura quedará demostrada mañana. Vigilaremos la colocación de la cúspide de la pirámide y luego la filmación, con todos los detalles, será pasada por la cadena mundial de informática TV-color. Si ustedes están aquí, serán testigos de excepción y hasta pueden salir en la filmación. En consecuencia, pasarán a los archivos de la historia, porque el momento será histórico dentro de nuestra civilización, no les quepa duda alguna.

—Entonces, aguardaremos el nuevo día con ansiedad —dijo Sakerman.

El profesor Goriev suspiró.

—Yo no podría dormir, estoy demasiado excitado.

—Yo tampoco —dijo el ingeniero Hansher.

—¿Qué les parece si sacamos una mesa aquí afuera, tomamos algunas bebidas y nos contamos experiencias o anécdotas mientras esperamos el gran día? —propuso Judith más entusiasmada, olvidándose del pequeño arrebato de celos incontrolados que había sentido, pese a que el capitán Sakerman nunca le había propuesto que fueran algo más que amigos.

Sin embargo, Judith estaban convencida de que él sentía hacia ella lo mismo que ella por él. De lo contrario no habría acudido al campamento en medio del desierto. Era innegable que la pirámide sólo era un pretexto.

Instalaron la mesa.

Sakerman se quitó el casco y apareció su abundante cabello lacio y color cobre viejo brillante que contrastaba con el verde de sus ojos.

El primer brindis fue ofrecido por el sargento Horemheb, que se encontraba allí a sus anchas.

—Por el sol del nuevo día que ha de llegar.

Y como si la frase hubiera sido oída por una fuerza maléfica, el sol del nuevo día, ante la sorpresa y desconcierto de todos, no apareció.

CAPÍTULO III

El profesor Goriev sacudió su mano izquierda. Luego, la detuvo y observó la esfera fosforescente de su reloj. Miró en derredor y después al cielo, que seguía estrellado, aterciopelado, sin que la Luna estuviera visible.

—Creo que, por primera vez en mi vida, se me ha estropeado el reloj. Francamente, era un reloj a prueba de todo y, sin embargo, ha fallado. ¿Alguien de ustedes puede decirme la hora que es?

—Son las seis de la mañana —respondió la voz de Judith.

El profesor volvió a mirar hacia el cielo y objetó:

—Me temo que su reloj tampoco funciona bien.

—No es posible, parece que marcha correctamente —respondió la joven llevándose el reloj al oído.

Hansher, Horemheb y el propio capitán Sakerman, sentados en tumbonas alrededor de la mesa, esperaban el amanecer cuando ya la conversación había decaído un tanto. Consultaron sus respectivos relojes y tras mostrar sus propias horas, Sakerman dijo:

—Minuto más, minuto menos, creo que todos los relojes coinciden, profesor Goriev.

—No es posible. O todos los relojes funcionan mal y se han adelantado por alguna causa que ignoramos o...

—¿Quiere decir, profesor Goriev, que ya tenía que haber amanecido? —preguntó Sakerman.

—Así es.

Todos se pusieron en pie y miraron hacia el firmamento. Estaba negro, si se exceptuaban los puntos luminosos de las estrellas. El Sol no aparecía por parte alguna.

—¿Acaso tocaría hoy eclipse de Sol? —se preguntó perplejo el ingeniero Hansher.

—No, estoy seguro de ello —respondió el profesor Goriev—. Sin embargo, el Sol no está visible. Algo ocurre, caballeros, y creo que ese algo es grave, muy grave.

—No es posible quedarnos sin Sol de la noche a la mañana, ¿verdad? —inquirió el sargento Horemheb, un tanto irónico.

Sakerman, volviéndose hacia el profesor, preguntó a su vez:

—¿Cabe la posibilidad de que la Tierra haya escapado a la atracción solar?

—Es una posibilidad, pero muy dudosa. Durante mucho tiempo seguiríamos viendo el Sol, calculando la velocidad de traslación de la Tierra en el espacio.

—¿Puede la Tierra haber entrado en un movimiento de libración en vez de rotación? —observó a su vez el ingeniero Hansher.

—¿Un cambio tan repentino? No me parece probable un movimiento de libración como el que efectúa la Luna y por el que sólo vemos una de sus caras, y la otra permanece siempre oculta. Si la libración lunar se produjera en la Tierra, sería lenta, muy lentamente. Irían separándose día y noche, de modo que en una cara de la Tierra siempre sería de noche y en la otra de día.

—Caballeros, estamos haciendo muchas conjeturas. Si aguardan un momento, iré a la «Omega 2020» y consultaré con el meteorólogo oficial y el centro de astronáutica para que me envíen datos.

Sakerman se dirigió a la nave y todos esperaron.

Judith pensó entrar en la gran *roulotte* y conectar la TV-color para ver si daban noticias de un posible cataclismo telúrico, pero prefirió aguardar a que regresara Sakerman de su nave, lo cual hizo éste a los breves minutos.

Su gesto era sombrío y pese a hallarse bajo la luz de los focos, pudo notarse su palidez.

Al poco, comenzaron a llegar empleados y obreros de los que estaban diseminados por el campamento. Todos miraban sus respectivos relojes y luego, de hito en hito, miraban el negro cielo.

—Caballeros, tenemos eclipse solar —anunció Sakerman.

—¿Eclipse solar? —El profesor emitió un suspiro a medias—. Ignoraba que tuviéramos la interferencia de ningún planeta en estos días.

—Es que no se trata de ningún planeta conocido, profesor. Por lo menos, eso es lo que me han respondido de los centros oficiales.

—Entonces, ¿es que ha interferido un astro desconocido el sistema solar sin que los astrónomos se hubieran dado cuenta de ello?

—Profesor, en los centros oficiales sólo contestan que se está investigando el fenómeno y que ya darán respuesta en su momento.

—Lo de siempre: No alarmar a la opinión mundial. En fin —se encogió de hombros el profesor Goriev— el día de la terminación de la pirámide coincide con un eclipse solar total. Resulta muy raro y parece un presagio.

—Creo que sería anecdótico para la historia de la investigación que colocáramos la cúspide de la pirámide en un día de eclipse solar —opinó Hansher.

—Eso es cierto —admitió Judith, lo cual agradó al ingeniero germánico.

—¿Qué le parece, sargento? Tendremos un día muy sorprendente.

—Ya lo creo. Por cierto, el eclipse solar suele producirse total sólo en una parte de la Tierra y durante un máximo de ocho minutos, ¿no?

—Así es —respondió el profesor Goriev a la pregunta del sargento.

—Pues nos podían haber dejado un rayo de sol, digo yo, el suficiente para poder apagar las luces.

—Profesor, creo que en esta ocasión el eclipse es total para *toda* la Tierra. —En voz baja, Sakerman agregó—: Hay noche total en todas las partes del globo.

—Qué raro... —Goriev frunció el ceño, muy preocupado—. Esta situación, que yo sepa, no se ha producido jamás.

—Toque la sirena para el trabajo, profesor —pidió Hansher—. Vamos a colocar la cúspide.

Algo frío flotaba en el ambiente y se alzó un viento ligero que se hizo molesto.

El propio ingeniero Hansher se montó en la pequeña nave que tenía un brazo alargado frente a la cabina. En él había una especie de proyector.

La nave se movió y colocó el pequeño proyector; sobre el centro del sillar fabricado por fusión de la piedra, vertida luego en un molde.

Luego se remontó, elevando también la pesadísima piedra como si careciera de peso. Por aquella especie de reflector brotaba la gravedad del planeta Venus, receptada y condensada para contrarrestar la gravedad de la Tierra, anulando prácticamente el peso de la piedra que culminaría el fabuloso trabajo de construcción de aquella pirámide, idéntica a la de Keops, pero elevada con la tecnología del siglo veintiuno y, según el profesor Goriev, con las mismas técnicas que utilizaron otros seres hacía muchos milenios, no sólo antes de nuestra Era sino de la propia egipcia.

La labor de colocar la piedra se hizo meticulosamente. La doctora Campanella, junto a la cual estaba el capitán Sakerman, daba informes por radio mientras manipulaba unos aparatos electrónicos que le iban ofreciendo datos.

—¿Tiene que ser colocada con tanta exactitud? —preguntó Sakerman mientras en lo alto de la pirámide el ingeniero Hansher movía la piedra lentamente.

—Si su colocación no es perfecta, no se produciría la cámara electromagnética y antibiológica dentro de la pirámide.

—Vaya, eso es un poco complicado, ¿no?

—Algo, pero quienes construyeron las pirámides sabían muy bien lo de la fuerza negativa del plano terrestre que escapa por las paredes y aumenta en rapidez cuando las paredes de aquélla se estrechan. Al final, escapa por la cúspide y allí se produce el rayo de bola. De este modo no se originan elementos biológicos extraños en el interior de la pirámide que, por este aislamiento electromagnético, es una momificadora en sí misma, lográndose un perfecto vacío biológico. Unos cereales dejados en el interior de la pirámide pueden pasarse cuatro mil años sin que les salgan los grillos de la reproducción.

—Algo de eso leí —asintió Sakerman—. Creo que en el siglo pasado se plantaron cereales guardados en pirámides después de tantos años y crecieron en la tierra con toda normalidad.

—Exacto, y eso no hubiera podido ocurrir de no existir este aislamiento que incluso frena las propiedades radiestésicas de quienes las posean. Es un muro como la primitiva caja aislante de Faraday.

—Entiendo.

Sakerman se volvió para observar el monitor que controlaba Judith. En él, gracias a los focos que iluminaban la zona, podían observar perfectamente la colocación de la cúspide de la pirámide del

siglo XXI mientras unos sensores electromagnéticos iban ofreciendo datos para obtener la perfección aislante.

—La piedra se ve colocada ya —dijo Sakerman a Judith.

—Falta un octavo de pulgada, todavía puede manejarse la piedra. Atención, ingeniero Hansher, atención... Dos décimas de grado en el sentido de la marcha del reloj. El centro ya está a plomo perfecto. ¡Ahora, ya!

Y la piedra quedó encajada en su lugar justo.

Judith pulsó un botón y sonó una estridente sirena.

Casi de inmediato, se escucharon gritos de contento aquí y allá. La pirámide había sido completada.

—Yo no veo nada si no me prestan unos prismáticos —objetó el sargento Horemheb.

—Si fuera de día, hubiera podido verlo bien.

—Es que es de día, señorita Campanella, es de día —le puntualizó el sargento negro.

—Es cierto, pero nos hallamos en un eclipse total y es como si fuera de noche. Es extraño que el eclipse no haya pasado ya.

El profesor Goriev salió de la *roulotte* y caminó hacia ellos. Su rostro revelaba pesar en lugar de la lógica alegría en aquellos momentos en que la pirámide quedaba terminada, por lo menos en lo que respectaba su parte externa y construcción pétrea.

—¡Ya está, profesor, ya está! —le gritó la doctor Campanella, contenta como una chiquilla.

—Sí, ya está, pero... —miró el cielo— nos hemos quedado sin sol.

—¿Durante cuánto tiempo? —inquirió Sakerman.

—Acabo de comunicarme con unos colegas amigos míos y en privado me han dicho que lo que provoca el eclipse es un extraño objeto no identificado que se halla a millones de millas de nosotros. Lo peor es que ese objeto se mueve a una velocidad de traslación alrededor del Sol más lenta que la de la Tierra, pero que coincide exactamente con nuestro planeta.

—¿Quiere decir que mientras ese objeto permanezca en el espacio tendremos eclipse total permanente?

—Así es, capitán Sakerman, y eso es muy grave.

—¿No estarán bromeando, profesor? —preguntó Judith—. Si nos privan del Sol, la Tierra morirá por congelación.

—Si «eso», que no sabemos cómo llamar no se aparta de la coincidencia de los rayos solares con la Tierra y deja de producirse el eclipse, la Tierra se irá helando y todo en ella morirá. Hombres, animales, plantas, hasta podrían congelarse los océanos por completo, matando su vida biológica. Los hielos empujarían los continentes y se producirían cataclismos. El aire se quedaría sin humedad porque toda clase de vapor quedaría congelado y depositado sobre la superficie terrestre, pero no me hagan caso, soy un viejo loco que no cesa de lucubrar posibilidades, es un defecto profesional. Dios nos guarde de que la Tierra se convierta en un planeta helado como lo son Neptuno o Plutón por falta del calor solar. Sería la destrucción de toda la vida en la Tierra, el fin de la civilización del *homo sapiens*. Un frío final para nuestra soberbia, ¿no le parece, capitán Sakerman?

—Sí, sería un final muy frío si la Tierra se congelara por completo. Creo que mis vacaciones terminan en este punto. Debo acudir al centro de la policía Mundi-Federal. Me temo que todos vamos a hacer falta. Se creará un pánico general si este fenómeno no cesa en breves horas. Deducir lo que sería del planeta Tierra si la luz y el calor del Sol no llegan hasta nosotros está al alcance de cualquier niño de primera enseñanza, y me temo que la Humanidad no va a querer morir convertida en carámbanos.

El sargento Horemheb, más práctico, opinó:

—Sí y aparecerán falsos santones pronosticando el fin del mundo. Se pueden producir orgías callejeras, asaltos y quién sabe qué bestialidades. Capitán Sakerman, vayamos cuanto antes. Como usted ha dicho, vamos a hacer falta.

Sakerman, antes de volver a su nave, encarándose especialmente con Judith Campanella, preguntó:

—¿Qué van a hacer?

—Con los grupos electroatómicos que poseemos, podemos seguir trabajando sin problemas —contestó ella—. Seguiremos aquí. Nosotros somos científicos y no tenemos por qué dejarnos arrastrar por el pánico.

—Es verdad, seguiremos aquí —sentenció el profesor Goriev.

—Pues, tengan cuidado con los obreros. En cualquier momento, con el miedo, pueden desmandarse. Si eso ocurre, hagan una llamada directa a la PMF y pregunten por mí; trataría de llegar cuanto antes.

—De acuerdo, Alan. Si algo sucede, llamaremos, pero esto no será nada. ¿Verdad, profesor Goriev?

El profesor Goriev, un hombre tremendamente sincero, prefirió no responder y se produjo un tenso silencio. Las palabras no salieron de su boca como tampoco el Sol había salido para ellos en aquel frío día de verano en el desierto de Egipto.

CAPÍTULO IV

Todos esperaban ansiosamente el desenlace de la más trascendental misión bélica llevada a cabo a lo largo de la historia de la Humanidad.

En los cinco continentes, las gentes se hallaban materialmente pegadas a los aparatos de TV-color donde se ofrecían constantes comunicados sobre el avance de la misión.

En el desierto de Egipto se trabajaba ahora más lentamente, con desgana general, pues lo que se había considerado una gran obra había quedado tan empequeñecida como ignorada por el mundo, pendiente sólo de su propia supervivencia y no de pirámides de tipo comparativo para estudiar el pasado de las más grandes y misteriosas edificaciones terrestres.

La construcción de la pirámide apenas había merecido unas breves palabras en los noticiarios, aproximadamente las mismas que se podían dedicar al crimen aislado de un vulgar psicópata que no alcanzara gran resonancia por su sadismo.

No obstante, Judith Campanella proseguía sus trabajos con interés.

La moral del ingeniero Hansher sí había decaído un tanto y el profesor Goriev vivía pendiente del televisor.

El frío se había apoderado del desierto. La canícula había desaparecido como por ensalmo y se habían aprovisionado de calefactores.

El mundo había adquirido materialmente todos los sistemas de calefacción y las factorías producían a ritmo acelerado toda clase de aparatos para ser utilizados con las más variadas energías.

Sin embargo, resultaban insuficientes. La masa humana pedía más y más.

En los puntos elevados, por encima de los mil metros, en toda la Tierra el agua era ya puro hielo constante y había que calentarla para poder utilizarla licuada.

En pantalla se veían claramente las cuatro naves interplanetarias avanzando a través del espacio, alejándose del planeta Tierra en

dirección al Sol que no veían.

Una quinta nave iba más rezagada y era la que con su cámara filmaba a las que la precedían. De este modo, en el planeta Tierra se podía observar al momento su marcha en busca del enemigo desconocido.

Las naves habían sido construidas con la ingeniería electroatómica más avanzada. Se corrían riesgos, ya que algunos de los materiales empleados no se habían comprobado suficientemente, mas era preciso aumentar el poder de velocidad, armamento y blindaje, pues no se sabía contra qué había que luchar.

Una voz en *off* iba explicando lo que sucedía, tratando de ser optimista y de transmitir esta sensación a los miles de millones de humanos que tenían cerca su calefactor de gas, eléctrico, o electroatómico, e incluso, en lugares apartados, la añorada chimenea con leños ardiendo.

—Se sabe que se trata de una gran masa de escaso espesor. Es como un gigantesco panel de metal colocado entre el Sol y nuestro planeta, impidiendo que toda la extensa gama de rayos solares, desde los infrarrojos a los ultravioleta, lleguen a nosotros. Por supuesto, el Gobierno Mundi-Federal ha tomado las medidas oportunas y mandado a nuestras naves bien equipadas a destruir ese insólito panel que nos ha dejado a oscuras como si hubiéramos cerrado el conmutador de la luz de nuestra habitación. Señoras, señores, esta es una situación ridículamente angustiosa, porque cuando volvamos a ver el Sol, la larga noche de los cien días habrá terminado. Bueno, no sé si se podrá decir de los cien, de los ochenta o de los ciento diez... Por cierto, ayer noche me contaron que un sordo había exclamado: «¡Sólo me faltaba esto!» Disculpen los sordos, si es que me oyen...

El locutor continuó diciendo tonterías que prácticamente nadie atendía.

La Prensa más escandalosa ya había lucubrado sobre las posibilidades que le quedaban a la Humanidad si el Sol no aparecía de nuevo.

El frío, los hielos, la falta de vapor de agua, la congelación absoluta y la muerte final del planeta.

Nadie entendía por qué estaba ocurriendo aquello. Era como una pesadilla colectiva y los santones y pseudo-santones habían brotado como hormigas de un nidal gigante.

Judith Campanella penetró en la gran *roulotte* que hacía las veces de sala de estar.

Hansher y el profesor Goriev estaban delante del aparato de televisión tridimensional que enviaba imágenes de las estrellas y que seguía a la formación de naves interplanetarias terrestres que se desplazaban en el espacio a altas velocidades. Sin embargo, parecían estáticas sobre un terciopelo negro bordado de lentejuelas plateadas que chispeaban bajo la luz de la Luna.

—¿Algo nuevo? —preguntó, adelantándose hasta un asiento.

Hansher se volvió para mirarla. No se cansaba de pasear sus ojos por el bello cuerpo femenino, más cuando se daba cuenta de que ella captaba su mirada, la desviaba rápidamente hacia otro lado.

—Parece que nuestras naves acorazadas alcanzarán pronto el objetivo.

—Lo extraño es que quienes han analizado esa masa, que no se sabe cómo llamar, han asegurado que se trata de una aleación metálica dé plomo, estaño y, en menorproporción, otros metales desconocidos por nosotros A causa de la distancia, no se ha podido analizar mejor. Suponemos que nuestras naves, antes de destruir ese panel de metal, lo efectuarán detenidamente.

—Se cree que ese panel no es sólido, sino formado por una gran cantidad de partículas metálicas en suspensión, pero colocadas de tal forma que constituyen una formidable cortina contra los rayos solares, que no logran traspasarla.

—Pero, si reciben el impacto de los mismos en forma permanente, acabarán fundiéndose, ¿no? —preguntó Judith.

—¡Me ha dado una gran idea! —exclamó de pronto el profesor Goriev.

Acercándose al teléfono, marcó un número apresuradamente y aguardó hasta que una voz le dijo:

—¿Quién llama?

—Soy el profesor Goriev. Póngame en contacto con el doctor Sullivan.

—Lo siento, está ocupado.

—Es importante. Dígale que sé algo acerca del panel que oculta al

Sol.

Al otro lado del teléfono inalámbrico, ya que para aquella llamada no funcionaba el video, el hombre quedó dubitativo. Luego, inquirió:

—¿Y dice usted que es el profesor Goriev?

—Sí. Estoy en el desierto egipcio, junto a mi pirámide.

—Un momento, veré si...

Se produjo un breve silencio hasta que sonó una voz gruesa.

—Hola, colega. ¿Qué es lo que sabes? Habla pronto, estamos analizando los datos que nos van llegando.

—Verás, si las partículas de aleación metálica se hallan encaradas al Sol en forma permanente...

—¿Quieres decir que constituyen una niebla metálica, una suspensión en forma de diminutas partículas líquidas?

—Pues sí...

—Ya lo sabemos.

—Vaya, parece que mi deducción ha llegado tarde. Tendrás que disculparme, Sullivan, es que se me había ocurrido ahora.

—Lo que sucede es que tú sólo recibes datos a través de la informática popular y yo los recibo directamente de las naves. Además, te diré que por lo menos hay cuatro grandes naves extrañas.

—¿Naves extrañas, quieres decir naves extraterrestres?

—No sabemos de dónde son, volvamos a los caducos términos de UFOS. En fin, lo que sé es que hay naves. Dos de ellas permanecen fijas delante del gran panel de esa suspensión de aleación metálica líquida en el éter, como si la condujeran o arrastraran, no lo sabemos, y las otras dos cambian de posición.

—¿De modo que ese panel extraño y no sólido está controlado por fuerzas inteligentes?

—No te quepa la menor duda, Goriev —le replicó Sullivan con amistad y confianza—: Se trata de seres, no se sabe de qué clase, pues no responden a nada, que por lo visto han decidido dejarnos congelados, convirtiendo la Tierra en el más fantástico frigorífico

jamás imaginado.

—Diablos, me lo temía. Sin embargo...

—Lo siento, Goriev, tengo que cortar. Estoy recibiendo mensajes cada vez más urgentes. Las naves devoran los miles de millas en busca de nuestros enemigos.

Goriev no pudo ni despedirse; de inmediato oyó el ruido del teléfono al ser colgado por su interlocutor.

—¿Malas noticias, profesor?

Antes de responder a la pregunta de la doctora Campanella, el profesor Goriev se dejó caer con aire cansado sobre su butaca frente a la pantalla gigante de televisión a color.

—Los que han colocado esa cortina de gotas metálicas fundidas y en suspensión que impiden el paso de los rayos solares son seres inteligentes, no cabe duda. Es un telón colocado ex profeso en el espacio parahelar al planeta Tierra y está protegido por naves extrañas desconocidas que no responden a ninguna llamada. En consecuencia, son consideradas enemigas y cuando las distancias sean las apropiadas, habrá combate estelar.

—¿Por qué querrán congelar la Tierra? —preguntó el ingeniero Hansher—. Será que quieren aniquilarnos, ¿no es eso, profesor Goriev?

El viejo sabio, que atendiendo a las imágenes de la TV-color había olvidado por completo su propia obra suspiró. El planeta Tierra estaba amenazado en su supervivencia.

Fueron transcurriendo primero los minutos, luego las horas.

Aquella cortina de metal líquido en suspensión en el éter y que se movía en forma constante, era invisible a los ojos; sin embargo, a medida que las naves avanzaban, podía observarse un espacio en el firmamento que era totalmente negro, puesto que nada se reflejaba en él.

Aquella especie de mancha negra, tachonada de estrellas, iba a convertirse en el negro sudario de la Tierra helada y muerta.

De pronto, entró en acción el potente teleobjetivo de la cámara que portaba la quinta nave y divisaron unos puntos luminosos. Judith los señaló con su dedo.

—¡Allí, allí están, fíjense!

—Sí, son las naves interplanetarias enemigas que quieren matar la vida biológica del planeta Tierra.

—Pero, ¿por qué, por qué? —preguntó Hansher.

—Si logran su objetivo, jamás sabremos el porqué; acaso sea una venganza o una forma de limpiar el planeta de toda clase de enemigos para luego venir y aposentarse aquí.

De pronto, un punto brillante en el espacio, captado por la TV-color...

Una de las naves terrestres se convirtió en una gran bola de fuego que iluminó la pantalla por completo hasta casi cegar a los telespectadores.

—Dios mío, han atacado ellos primero, son enemigos invasores —gimió Judith.

Las naves terrestres abrieron su formación para ofrecer menos blanco y dispararon los dos tipos de armas que portaban, las nucleares convencionales y los láseres infrarrojos.

La gran batalla del espacio había comenzado y todos los humanos la estaban contemplando. Una batalla que se llevaba a cabo casi a un millón de kilómetros de distancia de aquel planeta Tierra que se congelaba por momentos.

Se vieron las explosiones, grandes luminosidades contra aquella barrera negra que ocultaba el Sol, fuente de calor, luz y vida para los habitantes de la Tierra.

Las naves invasoras dispararon a su vez y de nuevo se produjeron pavorosas explosiones.

Las naves terrestres se desintegraron en el espacio, pereciendo docenas de astronautas militares en una lucha que parecían tener perdida de antemano porque el enemigo, sin duda alguna, era tecnológicamente más avanzado.

Con gran horror, pudieron constatar que de las cinco naves sólo quedaba la más retrasada, la que estaba filmando.

—¡El Sol, el Sol! —gritó Judith—. ¡El Sol, hay un rayo de sol!

Era cierto. Quizá alguna de las bombas nucleares de altísima

potencia había abierto brecha en aquel panel constituido por una nube de metal en suspensión, de tal espesor que los rayos solares no podían atravesarla. Pero ahora, por el boquete abierto, se podía ver el Sol a través de él.

—Por lo menos, sabemos que se puede romper —observó el profesor Goriev.

La ilusión duró poco. Pronto, todos los habitantes de la Tierra pudieron ver como el agujero se iba cerrando igual que un diafragma hasta ocultar por completo de nuevo el Sol. Y después, el remate.

Un último disparo de gracia y las pantallas quedaron en negro como presagio del futuro de la Tierra.

Hubo un silencio absoluto en todo el planeta. A los pocos instantes, apareció un locutor en pantalla y grave, desalentado, dijo:

—Les hemos transmitido en directo la misión de exploración e intento de destrucción de la cortina extraterrestre que nos oculta el Sol. Lamentamos haber tenido que ofrecer el holocausto de nuestros mejores astronautas. Pasamos a brindarles unas grabaciones de música sinfónica. Buenas noches.

Y él mismo quedó como extrañado de su «buenas noches». ¿Dónde era de noche, dónde de día? De inmediato, comenzó a sonar música fúnebre.

El ingeniero Hansher desconectó el aparato y se volvió hacia el profesor Goriev.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó.

—Sólo Dios lo sabe, pero ya no hay tiempo para preparar una segunda expedición de ataque. Esos seres han demostrado su capacidad bélica y también de recuperación cuando ya se había abierto un boquete en la nube metálica.

Judith Campanella sintió frío, un frío intenso que el calefactor adicionado a la *roulotte* no podía mitigar. Era un frío interno que le produjo miedo y dolor.

Sin proponérselo, acudió a su mente la imagen del capitán Sakerman y deseó que él se le apareciera para abrazarla, para estrecharla con fuerza, brindándole calor y esperanza.

¿Qué podría hacer el capitán Sakerman contra aquellos invasores tecnológicamente tan avanzados? Nada, seguramente nada; sin

embargo, la confortaría sentirse estrechada por él para que mitigara aquel frío profundo que le dolía y atemorizaba.

Parecía que el fin de la Humanidad se acercaba y ella iba a morir sin haber conocido el amor que habría podido ofrecerle el hombre que amaba.

CAPÍTULO V

Estaban frente a la nave «Omega 2020». Eran diez, quizá quince mil personas, rodeando por completo el centro de transformadores de voltajes de una importante hidroeléctrica que apenas funcionaba. Las aguas del pantano se habían helado en su totalidad.

Los focos, bajos de tensión, iluminaban el caos.

Hombres y mujeres aullaban en una deshumanización completa.

—Mire, capitán, están arrastrando con cuerdas y cables a unos hombres.

Alan Sakerman aumentó el poder del teleobjetivo y en la pantalla de la propia nave, suspendida en el aire con las luces apagadas, observó lo que ocurría.

—Son los empleados de la central.

—¿Por qué los arrastran, si ellos no tienen culpa de nada?

—Les enviaré una andanada de aviso para que se dispersen y los dejen tranquilos.

La gente hollaba la nieve sucia y ennegrecida. Alan Sakerman, por encima de las cabezas de aquellos que atacaban la central exigiendo una electricidad que no podía producir, disparó.

Brillaron varias y vivísimas explosiones sobre la marea humana que aulló más fuerte y se dispersó en todas direcciones, pisándose unos a otros, creyendo que el caos final se les venía encima.

—Dios, Dios, esto es horrible... Vale más que no hagamos nada. Están como bestias, han perdido todo sentido de raciocinio y orientación.

—Sí, sargento, es el fin. Los centros de energía y calor no producen ya. Todos quieren electricidad, energía, y la exigen como un sediento pide agua en el desierto.

—¿Y qué se va a hacer ahora?

—Nada, aquí nada podemos hacer.

Sakerman puso la nave en marcha, alejándose del lugar.

Muchos puños se alzaron en el aire lanzándoles insultos e imprecaciones que los miembros de la policía Mundi-Federal no podían oír.

Volaban muy bajos y todo se veía blanco. Las fuertes nevadas habían cubierto gran parte de la Tierra con un sudario que no se derretía porque la extraña cortina o nube suspendida en el espacio por invasores desconocidos seguía ocultándoles el Sol, la fuente de vida para el planeta. La civilización terrestre no estaba preparada para subsistir sin el Sol.

Cruzaron por encima de las aguas oceánicas, también heladas.

Aquí y allá, algunos navíos se veían atrapados entre los hielos. Seguramente crujían los hierros de sus cascos y la gente, consumido todo lo que podía quemarse del barco, caminaban sobre las aguas del océano, sobre aquel hielo de considerable grosor que frenaba incluso el movimiento de posibles olas.

De vez en cuando, un barco entero, grande, enorme, saltaba del lugar donde había quedado como el tapón de una botella de champaña, empujado hacia lo alto por las presiones que emergían bajo los hielos que cubrían los mares.

Ver los cadáveres por miles, por decenas de millares, no era ya nada insólito.

Los cuerpos no se corrompían, puesto que la temperatura ambiente más benigna en todo el planeta estaba ya por debajo de cero.

Les hacían señas pidiendo auxilio. Sakerman apretaba las mandíbulas y seguía acelerando. La «Omega 2020» no podía recoger a nadie y tampoco había un lugar adonde poderles llevar.

Tanto el sargento Horemheb como él mismo, mostraban una crecida barba, pues no habían tenido ni tiempo de rasurarse. Sus uniformes estaban descuidados y en sus rostros se apreciaba un profundo cansancio.

—¿En cuántos jaleos habremos intervenido, capitán?

—No lo sé. Se ha perdido el control de la Humanidad, es el caos completo. El ejército se ha escindido, los soldados desertan. Hay robos, violaciones, crímenes, sacrificios atávicos que horripilan. Ya no hay fuerza que oponer a esos invasores del espacio. A veces me pregunto por qué seguimos viajando de una parte a otra y a quién

debemos de defender o atacar. Tenemos la confusión hasta en nuestras propias mentes. Nos están destruyendo sin exponerse, de la forma más refinada que jamás nadie hubiera imaginado.

—¿Cree que cuando todos hayamos muerto dejarán que el Sol caliente la Tierra de nuevo y renazca la vida?

—Es posible que así sea, si es que su propósito es apoderarse de nuestro planeta. No quieren luchar dando la cara y han utilizado el sistema de ocultar el Sol. Conque jamás nadie hubiera imaginado.

—Pero, si se apoderan de la Tierra, encontrarán un planeta totalmente muerto. ¿Esperarán a que se produzcan de nuevo los ciclos normales evolutivos de la vida?

—¡Y yo qué sé, Horemheb! ¿Qué sabe nadie de quiénes son esos seres, qué es lo que pretenden y qué pueden utilizar para repoblar la Tierra más tarde?

Se produjo un denso silencio entre los dos hombres, servidores de una ley que se hundía en el caos total a causa del pánico colectivo provocado por la ausencia del Sol, la figura astral máxima a lo largo de toda la existencia del *homo sapiens*.

Además de perder el calor y la luz, se había perdido el equilibrio psicológico y extraños y antagónicos sentidos religiosos se habían desencadenado, dejando empequeñecida la horrenda noche del término del primer milenio de la historia occidental, cuando se creía que iba a llegar el fin del mundo.

—Mire aquella luz vivísima, capitán, allí, a la derecha...

Enfocaron los sensores y haremos. Al poco, la computadora de a bordo les daba un resultado.

—Es una poderosa central electroatómica.

—Dirá fue, capitán; se ha desintegrado.

—Sí, totalmente y al parecer despedirá radiactividad en muchas millas a la redonda, quemándolo todo. De nada servirá que funda la nieve; la nieve volverá y lo quemado morirá.

—¿Por qué habrá estallado?

—Seguramente la habrán puesto al máximo de su funcionamiento. Todos piden energía y no hay la necesaria.

Lo que decía Sakerman era cierto. Los hombres se mataban por un bidón de petróleo con el que poder calentarse, retornando a las primitivas y malolientes estufas de queroseno.

Los árboles eran talados en los bosques hasta rapar los montes de forma total en muchos puntos de la Tierra. Los troncos, la leña en general, se escondía para utilizarla progresivamente, pero era robada.

Un poco de carbón podía costarle una puñalada a alguien y mientras tanto, hacía su aparición el fantasma del hambre. El ganado moría y había que olvidarse de los cultivos ordinarios. Sólo quedaban los de invernadero, que eran asaltados unos y protegidos con armas los otros. Era la ley de la supervivencia desencadenada.

Los templos se llenaban de fieles que oraban y pedían perdón por sus pecados, preparándose a la lenta muerte por congelación y hambre.

Dentro de los templos, los bancos estaban helados. En el aire faltaba la humedad y las fosas nasales se resecaban. Las epidemias de enfermedades pulmonares y rinofaríngeas se propagaban con rapidez y la gente caía muerta aquí y allá sin que nadie se ocupara de enterrarla. No había peligro de descomposición.

Los que andaban de un lado a otro, embutidos en gruesas ropas, pasaban por encima de los cadáveres con toda naturalidad, como sobre una piedra que se encuentra en el camino.

Los países más industrializados eran los que más estaban resistiendo.

En el Asia meridional, África y América ecuatorial, enfriada ahora, los muertos se podían contar por cientos de millones y en las junglas, los animales perecían entre los árboles congelados, los lagos y ríos helados donde los seres que resistían lamían su superficie buscando el agua imprescindible.

El miedo, la desesperación y también la fiereza se habían agudizado en los animales que no podían comprender la desaparición del Sol.

Las aves ya no emigraban, no se elevaban en el cielo y buscaban por la tierra el alimento. Los insectos habían perecido y las aves que conseguían remontar el vuelo caían colapsadas por las gélidas temperaturas que sus cuerpos no podían soportar.

Habían aparecido pseudoguerrilleros y jefecillos que pretendían

apoderarse de combustible y alimentos con la esperanza de resistir al máximo. Si la nube metálica desaparecía, los que quedaran vivos serían los dueños de cuanto quedara en la Tierra.

Ya no funcionaba la televisión. Aunque hubiera alguien que deseara emitir programas de consolación o exhortación para ponerse a bien con Dios, no podía hacerlo porque las líneas de corriente eléctrica habían sido desviadas arbitrariamente hacia casas particulares, hacia donde interesaba al que robaba la energía y en aquellos robos muchos quedaban prendidos en los cables negros, electrocutados por los altos voltajes.

—¡Dios, no, eso no!

Tras la exclamación del capitán Sakerman, el sargento Horemheb parpadeó desconcertado. Tampoco podía dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

El centro Mundi-Federal había desaparecido.

De su lugar de ubicación, ya sólo quedaba un gran cráter donde la piedra estaba fundida. Allí no había hielo ni nieve, posiblemente la explosión nuclear que lo había arrasado todo se había producido apenas unas horas antes.

Sakerman conectó el Geiger y éste captó una fuerte radiactividad en el exterior.

—No cabe duda, lo han bombardeado atómicamente.

—Pero, ¿quién, quién?

—¿Qué importa ya? Alguien que se ha sentido molesto por la intervención de la Mundi-Federal. Ahora es la ley de la supervivencia.

—Cómo se estarán carcajeando esos hijos de perra del espacio que siguen ocultándonos el Sol. Además de congelarnos, contemplarán divertidos como nos destruimos los unos a los otros.

—Esta podría ser también una baza a jugar. El ser humano, puesto en situación límite, es de temer.

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos jefes, no hay gobierno en parte alguna. El que tenga combustible de algún tipo y comida resistirá algún tiempo más, pero sólo eso. No sabemos hasta cuándo seguirán esos invasores en el espacio privándonos del Sol.

—Posiblemente hasta que comprueben que toda vida en la Tierra

está muerta.

Dieron una vuelta por el cielo sobre el cráter atómico. La «Omega 2020» estaba blindada contra las radiaciones atómicas.

—Horemheb ha llegado el momento de tomar una determinación.

—Lo que usted diga, capitán.

—No, Horemheb, ya no hay capitanes ni sargentos, somos iguales. ¿Quieres ir a algún lugar determinado?

—¿Qué piensa hacer usted?

—Acabo de tomar una decisión.

—¿Puedo saber cuál?

—Marchar hacia el desierto egipcio.

—¿Cree que allí hay mejor temperatura?

—Allí todo se congelará como en cualquier otro lugar, pero si todavía vive, hay una mujer a la que quiero volver a ver.

—Está bien, capitán.

—Sakerman a secas —le corrigió.

—De acuerdo, Sakerman, le acompaño. Después de todo, no tengo adonde ir. —Se quitó el casco, se rascó la cabeza y sonrió mostrando sus blancos y fuertes dientes—. ¿Qué más da morir en un lugar u otro? —dijo después.

Alan Sakerman dio vuelta a la «Omega 2020» y tomó la dirección del desierto egipcio.

Se remontó en el espacio para no tener que presenciar los horrores que se concatenaban a ras de suelo, donde una humanidad agonizante se tornaba más miserable que nunca.

CAPÍTULO VI

La aeronave atómica «Omega 2020» se posó suavemente sobre el campamento, junto a la gran pirámide construida por el equipo del profesor Goriev y con fondos de la *Fundación Astralis*.

Sobre la arena del desierto, mezclándose con ella, había una ligera capa de hielo, depositando el escasísimo vapor ambiental que tenía el aire del desierto.

El frío era rigurosísimo, la sequedad total. Había que protegerse, pues los tejidos humanos se deshidrataban y cuarteaban. La sangre, al brotar por las heridas, se congelaba.

—Está abandonado —observó roncamente el negro Horemheb.

—Parece que no hay nadie.

—¿Cree que estará aquí todavía y viva la profesora Campanella?

—Confío que así sea.

En la roulotte no había nadie. Los generadores no producían corriente. No había electricidad ni nada que comer o beber. Por allí nadie se acercaría.

Caminaron de un lado a otro, buscando vida. No encontraron vivos ni muertos. El silencio era total y parecía que toda clase de existencia se había esfumado. Tan profundo era aquél, que se escuchaba uno a sí mismo en sus ruidos físico-corporales, casi en sus pensamientos.

De súbito...

—¡Aquí, aquí!

Vieron una luz a la entrada de la pirámide, a la que podía llegarse mediante una escalera metálica superpuesta sobre la pared de plano inclinado.

—¡Somos Sakerman y Horemheb, amigos! —gritaron.

—¡Subid, subid por la escalera!

—¡Es Judith!

—Enhorabuena, Sakerman, la ha encontrado viva. ¿Cree que hace

falta que suba yo también? A lo mejor le gusta quedarse a solas con la bella profesora dentro de la pirámide.

—No digas tonterías, Horemheb; además, seguramente no estará sola.

Treparon por la escalera. La luz en la pirámide indicaba que en su interior había energía eléctrica.

Al llegar a lo alto, les aguardaban Hansher, el profesor Goriev y la propia Judith Campanella.

Sin ambages, Alan la abrazó y estrechó contra sí. Por primera vez, sus labios se encontraron y Judith sollozó de alegría.

—¡Alan, Alan, creí que habías muerto! Hemos oído horrores de lo que sucede.

—Bueno, bueno, les dejaremos que terminen de expansionarse —carraspeó el profesor Goriev.

—No es necesario, profesor.

Hansher, molesto porque Sakerman había obtenido aquella demostración de amor que él no había conseguido, preguntó seco:

—¿Cómo está todo por ahí?

El «ahí» resultaba ambiguo, pero todos sabían a qué se refería y Horemheb se aprestó a responderle.

—Es el caos, el fin de la Humanidad. Creo que sólo nos queda la oportunidad de morir pacíficamente como seres civilizados, sin los horrores que Sakerman y yo hemos tenido que contemplar. La gente muere de muchas cosas, pero lo más desagradable es que se matan unos a otros para robarse la poca comida o combustible que queda en el planeta. Ya no se puede ni sacar energía de los pozos petrolíferos porque las instalaciones han sido abandonadas. El petróleo no se puede transportar y se solidifica en los puntos de obtención.

Se adentraron en la pirámide y la temperatura se suavizó.

—Se han instalado bien aquí dentro —observó Sakerman.

—¿Hay comida? Tengo hambre, pero no teman, si no hay comida no voy a devorar a nadie —dijo socarrón y amistoso el gigantesco Horemheb.

—Sí, tenemos comida, pero estábamos a punto de clausurar la

pirámide.

—¿Iban a salir?

A la pregunta de Sakerman, Judith, que iba cogida de él por la cintura, respondió:

—No. Hemos resuelto quedarnos dentro.

—¿La pirámide se va a convertir en nuestra tumba? —preguntó Horemheb.

—La idea de la profesora Campanella es viable —dijo el ingeniero germánico.

—¿Cuál idea?

—Verás, Alan, los faraones egipcios tenían la idea de que si eran enterrados dentro de las pirámides, algún día despertarían a una vida eterna. En realidad, era lo que rezaba su antiquísima religión, seguramente basada en lo que los sacerdotes o primitivos hechiceros vieron hacer a los supuestos extraterrestres de las teorías del profesor Goriev, basándonos en las cuales hemos construido esta pirámide.

—¿Quieres decir que si nos enclaustramos aquí podremos revivir algún día? —inquirió Sakerman.

—Es una posibilidad entre cien, pero no nos queda otra —contestó el ingeniero.

—Hemos acordado llevarla a cabo. Ustedes pueden elegir entre quedarse aquí o marchar, pero vamos a taponar la entrada de la pirámide y a someternos a una hibernación especial, muy semejante a la que debieron realizar los seres que edificaron las pirámides, no sabemos si para soportar cataclismos telúricos o guerras entre civilizaciones atómicas,

—El interior de la pirámide es la más perfecta caja de conservación que jamás se haya inventado. Aquí no puede penetrar la radiactividad ni elementos biológicos extraños.

—Pero si nos hibernamos aquí, ¿hay alguna posibilidad de volver a despertar? —inquirió Horemheb.

—Sí, hay posibilidades si el tiempo no es demasiado largo. Esto no es criogenización, sargento —le observó el ingeniero Hansher.

—Entonces, estaríamos mejor criogenizados, a la espera de que

todo esto pasara.

—Las cámaras de criogenización, resistentes a los cataclismos y que se hallan bajo tierra, a prueba de bombardeos atómicos, necesitan energía para su prolongada conservación a -196°C . Suponemos que sus cuidadores se habrán apoderado de esa energía en su propio beneficio, transformándola de frío en calor. Es muy posible que los cuerpos criogenizados hayan subido dentro de sus cápsulas llenas de nitrógeno líquido. Lo nuestro es diferente —aclaró el ingeniero Hansher con su fuerte acento.

—Horemheb, ¿no me dijiste que lo mismo daba morir en una parte u otra? —recordó Sakerman.

—Sí, eso dije —carraspeó el negro.

—Pues yo me quedo aquí.

—Y yo también. Por cierto, si todo pasa, ¿cómo despertaremos?

—Hay dos termómetros situados estratégicamente y que pondrán en marcha los sistemas de hibernación si todo funciona.

—¿Y habrá cápsulas para todos?

—No son cápsulas, sargento, es el gran cofre, una habitación especial donde debía de ser encerrado el sarcófago del faraón. Dentro cabremos todos. Además, contamos con el sistema de ventilación de forma laberíntica, idéntico al de la pirámide de Keops que hemos copiado en su totalidad. Del amigo Hansher depende que todos los automatismos funcionen adecuadamente.

—Funcionarán —sentenció categórico el aludido.

—Pues habrá que confiar en él, no nos queda otro remedio —expuso Horemheb.

En las siguientes veinticuatro horas dispusieron las cosas para hibernarse dentro de la cámara mortuoria faraónica, cuyas dimensiones eran: longitud, 10,46 metros; anchura, 5,23 metros y altura, 5,58 metros.

Fueron cerrando compuertas y sólo les quedó una débil luz dentro de la cámara donde debían de encerrarse en vida, con la esperanza de que todo el sistema funcionara, teniendo muy en cuenta las grandes posibilidades de aislamiento que la pirámide brindaba de cara al exterior.

—Tengo una botella de champaña, amigos. Creo que es el momento de descorcharla y como sólo tenemos vasos de papel, brindaremos con ellos aunque no sean tan sofisticados como las copas de cristal de Bohemia.

Se repartieron los vasos de papel y el profesor Goriev hizo su brindis.

—Por un nuevo despertar.

—Porque Dios nos acoja si hemos de morir —musitó Judith Campanella.

—Brindo por la tecnología que nos ofrece la oportunidad de subsistir —dijo el ingeniero Hansher.

Por su parte, Horemheb exclamó:

—Brindo porque no han echado a un negro del grupo de los elegidos.

—Por la supervivencia de la humanidad terrestre —dijo finalmente Sakerman.

Bebieron y luego se colocaron los cascos electroencefálicos, conectados a la misma caja metálica construida por el ingeniero Hansher.

Otros electrodos fueron situados en los pechos a la altura del corazón. Cada cual se acomodó donde mejor quiso dentro de la sala y se apagó la luz eléctrica.

Las manos de Sakerman y Judith se unieron, quedando entrelazadas.

Poco después, tras la oscuridad por ausencia de luz física, una oscuridad más profunda inundó sus mentes. En los corredores de la soberbia y arrogante pirámide del siglo XXI ya no se escuchó ningún palpitir humano.

Afuera, el frío se agudizaba y la humanidad entera exhalaba sus últimos estertores.

CAPÍTULO VII

Experimentó una sensación de náuseas y un fuerte dolor de cabeza.

Acudieron a su mente unas pesadillas horrendas. Millones de personas se tostaban, ardían bajo un sol fulgurante. Todo era sol y luz que cegaba.

La gente gritaba y gritaba, moría retorciéndose bajo el fuego solar.

Quiso gritar, pero la voz no brotaba de su garganta. Sintió como fuego en torno suyo y el calor lo envolvió.

De pronto, se recortó ante él la hermosa figura de Judith. Su cuerpo era como azulado y sonreía... Le tendió la mano y él se la cogió. Bruscamente, la luz desapareció y se sumió en una completa oscuridad.

El dolor de cabeza se intensificó de tal forma que sintió deseos de gritar, creyendo que enloquecía.

Pasaron los segundos que semejaron años y adquirió conciencia de que vivía, de que no estaba muerto.

Alzó los párpados y descubrió que las tinieblas le rodeaban. Era como si no hubiera abierto los ojos, pero ¿acaso podía, estar seguro de haberlos abierto?

Quiso llevarse las manos a los ojos para comprobar que los tenía abiertos, que podía mover los párpados, que no estaba ciego...

Su mano izquierda obedeció torpemente y se topó con algo que, en principio, no supo qué era. Después se percató de que era un cable. Lo que más le sorprendió fue su mano derecha, que oprimía otra mano.

Hizo un gran esfuerzo por recordar y pronunció un nombre.

—Judith...

Trató de incorporarse, mas sólo lo consiguió a medias. Se sentía muy mareado. Los cables del casco le tiraron y al punto se encendió una tenue luz dentro de la sala que, sin embargo, hirió sus pupilas.

Parpadeó hasta que logró habituarse a la débil claridad. Al fin lo consiguió y miró en derredor. Había cuatro cuerpos humanos que recordaba bien.

Por un momento se preguntó:

«¿Habrá funcionado el sistema o es que yo no me he hibernado?»

Se inclinó sobre el cuerpo de Judith y acercó su oído al corazón femenino. Lo oyó latir débilmente, tan débilmente como el suyo. No conseguía levantarse por carecer de fuerzas para ello.

—Ha funcionado —se dijo mirando a Judith que, aun apareciendo bellísima, se veía terriblemente delgada, como si hubiera auto consumido sus grasas, su carne.

Entonces, se fijó en sí mismo y comprobó que la piel prácticamente se le había pegado a los huesos.

Tranquilizado porque Judith vivía, gateó por la estancia aproximándose a los otros cuerpos, también flacos y desnutridos. Sólo había un cuerpo que no vivía, era el del profesor Goriev.

Sakerman comenzó a hacerle masaje cardíaco. Utilizó sus escasas fuerzas para oprimir rítmicamente el corazón del viejo, tan entero como todos los demás allí recluidos.

Al fin, escuchó un «pom, pom», muy tenue y espaciado, pero era un principio que no se cortó.

Sakerman suspiró, sentándose primero y estirándose después para descansar del violento esfuerzo que había realizado para salvar la vida del profesor Goriev.

Se recuperaba trabajosamente cuando Horemheb empezó a dar sacudidas con su cabeza. Sakerman le habló.

—Tranquilo, has despertado de la hibernación, tómatelo con calma.

El negro Horemheb tardó en comprender. Al fin, lo hizo y saludó a su amigo.

—Hola, Sakerman. ¿Estamos vivos o estamos en el infierno?

—Supongo que estamos en la Tierra, pero nuestra recuperación es lenta hasta que alcancemos las pulsaciones adecuadas para cada organismo.

Oyó gemir a Judith, y Sakerman se acercó a ella, gateando hasta colocarse a su lado y acariciarle el rostro.

—Alan, Alan... —repetía ella entrecortadamente.

El hombre la besó en los labios y Judith alzó bruscamente los brazos, colgándosele del cuello.

Hansher y el profesor Goriev despertaron algo más tarde. Estaban quietos, casi momificados en su delgadez.

La temperatura ambiental se había conservado invariable a tres grados Celsius positivos, gracias a la pila atómica situada desde un principio bajo la base de la pirámide, a gran profundidad. Todos los mecanismos del ingeniero Hansher habían funcionado.

Al fin, rieron de alegría.

—Creo que hay otra botella de champaña para celebrarlo —dijo el profesor Goriev con voz pascada.

—Pues puede celebrarlo a gusto, profesor. He tenido que hacerle masaje cardíaco, su corazón no se recuperaba.

—Gracias, muchacho, lo recordaré siempre.

Había provisión de alimentos en cajas herméticamente cerradas. Sacaron comida y se alimentaron bajo el cuidado dietético de la doctora Campanella que exigió:

—Poca comida en principio, ya habrá tiempo para más. Nuestros estómagos están como secos después de tanto tiempo.

—Dos años, cuatro meses y siete días —puntualizó el ingeniero.

—Diablos, ha sido la dormida más larga de mi vida—exclamó Horemheb haciendo alarde de su habitual buen humor.

—¿Cuándo saldremos afuera para ver algo? —preguntó Sakerman, evidentemente impaciente.

—No antes de una semana —repuso el profesor—. Debemos de aclimatarnos a la luz que puede haber en el exterior y también hemos de comprobar mediante los sensores que todo está bien allí afuera. No sabemos qué desagradables sorpresas pueden esperarnos.

—Para que el mecanismo de deshibernación funcionara, debía haber una temperatura de quince grados Celsius positivos —aclaró el ingeniero.

Brindaron con la botella de champagne y se dispusieron a trabajar.

A cada hora que pasaba, intensificaban la potencia de la luz artificial que iluminaba el interior de la pirámide.

Alimentándose cada vez más progresivamente, adquirieron mejor aspecto, y fue acercándose el día de retirar la gran piedra que clausuraba la entrada de la pirámide, ubicada en el lado norte y a unos diez metros del suelo.

La atmósfera exterior era perfecta, algo seca, pero teniendo en cuenta que se hallaban en el desierto, era lógica. No había radiaciones malignas para el ser humano y la temperatura había ido aumentando de forma continuada, lo que significaba que había más y más calor.

Mediante un gato mecánico que hicieron funcionar entre Horemheb, Hansher y Sakerman, apartaron el bloque de piedra que taponaba la entrada. Poseía unas sujeciones metálicas interiores que lo abría hacia el exterior después de haber empujado la mitad de su grosor. De esta forma, quedaba suspendido en parte en el aire.

Al fin, se hizo la luz. El sol iluminaba todo el desierto al alcance de sus ojos. La pesadilla de la supuesta noche eterna había terminado.

—¡Alan, Alan, hemos triunfado!

—No tan aprisa —corrigió Horemheb—. Si ellos querían invadir la Tierra, deben de estar en alguna parte y supongo que tratarán de rematar a los pocos que hayamos quedado vivos, quizá seamos los únicos, gracias a la pirámide.

—Horemheb tiene razón. Los desconocidos invasores pueden estar en alguna parte y no sabemos qué clase de horrores vamos a encontrar.

—Por el momento, será peligroso acercarse a las ciudades. Habrá miles de millones de cadáveres, primero congelados por el frío, pero ahora, con el aumento de la temperatura, comenzarán a descomponerse y no hay animales de carroña que los consuman y tampoco nadie que pueda enterrarlos —expuso el profesor Goriev.

—Si nos quedamos en este lugar, no nos encontrarán —observó el ingeniero Hansher.

—No podemos permanecer toda la vida aquí —dijo Judith.

—Es verdad. Tenemos que salir de observación y si los

encontramos, les haremos frente —dijo Sakerman.

—Si la «Omega 2020» todavía funciona, yo iré con usted, Sakerman.

—De acuerdo, Horemheb. Habrá que hacer una batida y averiguar qué restos de vida pueden quedar. Además, nuestros víveres son limitados y hay que pensar en ir encontrando nuevas fuentes de alimentos.

—Si no se hubiera realizado un saqueo total, como se hizo ante la desesperación de la humanidad, ahora habrían almacenes llenos de comida, en grano o latas.

—Sí, profesor, los habría y seguro que los hay, posiblemente todos no fueron saqueados. Horemheb y yo los buscaremos. De momento, esta pirámide puede seguir siendo nuestra guarida. ¿Tienen armas?

—Un fusil láser —contestó el ingeniero Hansher—. Tuvimos que utilizarlo cuando los últimos obreros que quedaban aquí quisieron asaltar el interior de la pirámide para llevarse lo que había en ella.

—Bien, será suficiente para controlar esta entrada. Probaremos los sistemas de comunicación entre la «Omega 2020» y los equipos aquí instalados; de esta forma sabremos en todo momento lo que ocurre a unos y a otros.

El sol brillaba cegador, pero en el aire, en suspenso, quedaba aquel desconocido peligro que representaban los extraterrestres que habían destruido la más fantástica flota militar interplanetaria que la civilización terrestre había sido capaz de construir.

¿Qué ocurriría? ¿Serían aniquilados nada más detectados o serían capturados?

En su mano no estaba el poder de adivinación del futuro y deberían de aguardar a los acontecimientos.

Abajo estaba la «Omega 2020» que no parecía tener ningún deterioro, pero ¿qué significaría aquella aeronave de combate frente a los invasores?

CAPÍTULO VIII

Ya acomodados en el interior de la «Omega 2020», Alan Sakerman y Horemheb conectaron todos los sensores antes de poner en marcha los motores de la aeronave que un día fuera policial. Ahora, sus siglas de identificación no tenían significado alguno.

—¿Cree que están en alguna parte del norte de África?

—No lo sé, Horemheb. Parece que nuestro radar y los detectores de infrarrojos no captan nada especial.

—¿Nada? —preguntó con alguna desesperanza.

—¿Tenías alguna esperanza?

—Sería tan bonito ver otra nave terrestre, pensar que no somos los únicos supervivientes al cataclismo de frío, a la noche de la muerte.

—Quizá los haya. Daremos una vuelta completa al planeta. Parece que la nave funciona perfectamente.

—¿Y si nos descubren?

—Navegaremos lo más pegados a la superficie, de modo que si hay enemigos, las rocas y desniveles propios del terreno nos protegerán, ocultándonos. Si nos remontamos, seremos localizados de inmediato.

—Me parece buena idea.

—Pues, adelante.

La nave policial se alzó del suelo arenoso unos tres pies y poniendo proa al noroeste, comenzó a avanzar, primero lentamente, pero sin torpeza, con cuidado, buscando posibles enemigos.

Se alejaron poco a poco de la pirámide del profesor Goriev, que seguramente se transformaría en un profundo misterio para los hombres del futuro, si es que morían.

La «Omega 2020» desarrollaba una gran velocidad y su radar manipulaba automáticamente sobre el ordenador electrónico de a bordo, salvando los obstáculos que se presentaban en forma de rocas o edificios.

Comenzaron a divisar los primeros árboles, desnudos de follaje. Eran como enormes sarmientos que extendían sus garras vegetales hacia un cielo que les había negado el calor y la luz hasta matarlos y ahora aparecían secos, yermos, muertos.

Se aproximaron a una pequeña ciudad del norte de África y enfilaron por una avenida principal, repleta de vehículos particulares abandonados, estropeados, oxidados.

Ya no había nieve ni frío, hacía calor, pero aquí y allá se veían cadáveres, aunque en su mayor parte habrían muerto por los rincones, acurrucados, buscando conservar el calor de sus cuerpos oprimiéndose contra las paredes o contra animales.

Los sensores de la «Omega 2020» les advirtieron de la hediondez del aire ante tanto cadáver en proceso de corrupción natural.

—Parece que no hay nada vivo aquí.

—Sí, eso creo yo también —respondió Horemheb, impresionado.

Ni siquiera había animales de carroña a los que poder echar la culpa de algo, a los cuales dar una patada con rabia.

La descomposición sería lenta y el envenenamiento del aire en las grandes urbes era un hecho a tener en cuenta.

Salieron a la costa y se internaron en el Mediterráneo, bajo vientre de Europa como lo llamara un general americano en la Segunda Guerra Mundial.

Cuna de la civilización occidental, como se había repetido tantas veces en los libros de historia, arte y tecnología, se hallaba ahora en franca descomposición.

Ascendieron por el Mediterráneo a gran velocidad, a escasas pulgadas del mar que se agitaba con fuertes oleajes. Los hielos habían atrapado los peces y ahora, al deshelarse los mares subían, hinchados, a la superficie.

Pese a la velocidad de la aeronave que volaba a ras de agua, salpicándose incluso en ocasiones por alguna ola que se alzaba de repente ante ellos, su sistema de TV-color captaba *flashes* en milésimas de segundo que inmediatamente aparecían en pantalla. En ella podían ver lo que quedaba atrás como una gran fotografía a color y tridimensional.

Cuando ésta pasaba a la memoria magnética mediante una

pulsación del dedo índice de Sakerman, aparecía otra imagen, pues debido a la velocidad y proximidad del agua o la tierra a que volaban, era del todo imposible tomar filmación en videotape.

Fue en Roma donde hallaron la mayor concentración de cadáveres.

A la Ciudad Eterna habían acudido para morir millones de fieles cristianos y por lo que podían ver en las fotografías, habían fallecido con resignación, sin violencia, quizá orando.

Nadie había quedado vivo para contarlo, pero objetos religiosos y rosarios aparecían en las manos esqueléticas.

Prosiguieron viaje, aumentando la velocidad de la «Omega 2020» al sentirse más seguros y no detectar nave enemiga alguna en el cielo ni en la tierra.

—¿Cree que han llegado esos supuestos invasores?

—Seguro, Horemheb, seguro.

—¿Por qué?

—No hay ningún satélite artificial terrestre en órbita. Los sensores no captan señales y deberían de receptorlas. Ellos estaban al margen de la ausencia de sol.

—Bueno, los satélites que utilizaban paneles solares habrán dejado de funcionar hace tiempo.

—Sí, pero había otros con pilas atómicas en sus panzas. No, no hay ninguno, debíamos de haberlos captado ya.

—¿Cree que los habrán destruido?

—Seguro. Han limpiado la ionosfera y las órbitas más lejanas de satélites artificiales, posiblemente bombardeándolos como hicieron con nuestras naves de combate.

—O como nos pueden destruir a nosotros —agregó Horemheb sombrío.

—Eso es.

Para ahorrarse problemas, se metieron en la autopista y descendieron hasta medio pie del suelo, convirtiendo la nave en un bólido terrestre.

Por la anchísima cinta de asfalto se dirigieron a París.

Cruzaron por entre las cabinas de peaje de la autopista, nada las bloqueaba.

En ocasiones, aparecían automóviles abandonados, posiblemente todos ellos vacíos de carburante, consumido hasta la última gota.

De buscar por los alrededores, habrían encontrado los cadáveres de los conductores que habían tratado de escapar a pie del frío.

El mayor deshielo y fundimiento de la nieve de toda la historia terrestre había provocado gran destrucción por arrastre de agua, y algunos puentes aparecían destruidos hundidos en el abismo, lo que no era obstáculo para la «Omega 2020», que salvaba el obstáculo sin el menor contratiempo.

Llegaron a París, ciudad que atravesaron sin detenerse.

El Sena iba desmadrado; inundaba varias calles cercanas al río. Casas del sector se habían hundido y varios puentes habían desaparecido.

Salvo el rumor del agua, de la brisa y de los motores de la «Omega 2020», todo lo invadía el trágico y opresivo silencio de la muerte.

Por Londres pasaron más rápidamente aún. Sabían ya lo que iban a encontrar, pero algo les llenó de ilusión: un vivo color verde destacó ante sus ojos.

—¡Por todos los diablos, Sakerman, hay hierba en Irlanda, hierba!

El gozo de Horemheb era como el de un irlandés, desterrado a un desierto durante años y regresado de nuevo a su patria.

—Sí. Parece que las semillas quedaron capsuladas en la tierra durante los fríos y al fundirse la nieve, aparece la hierba, aunque los árboles, debido a las bajísimas temperaturas, están todos muertos, lo que no quiere decir que dentro de una decena de años aparezcan bosques enteros gracias a los esquejes y ramas que han quedado sepultadas.

—No sé si será herencia atávica de mis ancestros africanos, pero me gustaría mucho poder ver esos grandes bosques.

—Mientras no tengamos que habérmolas con los invasores, existe esa posibilidad.

—Pero, ¿dónde estarán esos invasores, dónde?

—No lo sé. Las ciudades son auténticas necrópolis, no hay nada vivo en ellas. Quizá pronto estén llenas de virus malignos que hayan conseguido sobrevivir al frío o se formen por la descomposición de todos los cadáveres de bestias y personas, pero esos seres no aparecen por parte alguna.

—¿Y será así en toda la Tierra?

—Probablemente. Habrá que buscar y buscar antes de aceptar la soledad de los cinco.

—Sí, cuatro hombres y una mujer, y si somos los únicos, la especie habrá de reproducirse.

Sakerman frunció el ceño y miró a Horemheb, quien soltó una franca carcajada.

—No tema, haré voto de celibato o acaso me reserve para las generaciones posteriores.

—Horemheb, eres todo un tipo. Ya sabes que no soy segregacionista en absoluto, pero te miro lo mismo que a Hansher, es que...

—¿Ama a la doctora Campanella y quiere reservársela para usted solo, no?

—Me gustaría que ella no fuera un trofeo a conseguir mediante peleas al estilo secular.

—Por mí no tema.

Manhattan ofrecía el más triste de los espectáculos en su muerte física y psíquica.

Algunas pequeñas edificaciones, en las márgenes del Hudson y el East River, aparecían derruidas. Otros grandes rascacielos estaban en ruinas a consecuencia de incendios.

—Sólo un poco de hierba aquí y allá y mucha agua.

—Esto está acabado. ¿Adónde vamos ahora?

—A Brasilia —respondió Sakerman.

—¿A Brasilia? ¿Qué espera encontrar allá?

—Allí está la sede, es decir, la que fue sede militar del Gobierno Mundi-Federal. Nosotros vimos desaparecer todo el *Police-Center*, pero no el militar. Me gustaría comprobar si queda algo.

—Está bien. Posiblemente haya gente viva en algún refugio atómico. No hay que olvidar que están perfectamente soterrados y provistos de pilas atómicas y alimentos. Ellos no habrán hecho hibernación, pero pueden encontrarse bien.

—Sí, quizá haya alguien vivo, pero los refugios atómicos son secretos y hacen falta mapas para localizarlos. Si todavía se conserva el Centro militar de Brasilia, allí los encontraremos.

Pusieron proa al sur y atravesaron todo Estados Unidos, saliendo por la frontera de Texas.

Pasaron al golfo de México y prefiriendo el mar para avanzar, se dirigieron a Brasil.

Horas más tarde, se internaban en la Amazonia que volvía a mostrarse singularmente verde, aunque por encima de las pequeñas hojas se alzaban los árboles muertos y desfoliados por el hielo.

Los caimanes permanecían inmóviles en los barrizales. No acechaban nada, simplemente estaban muertos.

Llegaron al fin a Brasilia. Volaron hacia el área militar en la que emergía sólo un gran edificio de forma triangular. Sakerman sabía que bajo aquel suelo había un verdadero nidal, un laberinto de corredores, salas y centros equipados con material electrónico de detección.

La alarma automática no funcionaba, no debía de haber energía eléctrica.

El lugar presentaba rastros de saqueo. Se detuvieron frente al edificio y Alan Sakerman observó el sensor de atmósfera.

—Parece que hay suficiente oxígeno y humedad, pero el tanto por ciento de gases nocivos y hediondos es muy elevado.

—Posiblemente encontraremos muchos cadáveres ahí dentro. Teniendo en cuenta que este lugar guardaba una buena provisión de energía nuclear, mucha gente vendría a refugiarse aquí.

—Sí, escaparían del frío, pero se quedarían sin alimentos. Utilizaremos máscaras de oxígeno.

Se armaron y prepararon las mascarillas. Después, descendieron

de la nave y se adentraron en el Centro.

Fue horrible.

En habitaciones, corredores y salas, se amontonaban los cadáveres y había signos de pelea. Allí no había habido la misma resignación ante la muerte que observaran en Roma. Desgraciadamente, se había practicado la necrofagia y quizá la antropofagia ante la ausencia total de alimentos.

No intercambiaron palabras.

Mirar en derredor causaba pavor y había que tener los nervios bien templados para poder soportarlo.

De no haber ido provistos de las caretas con oxígeno, habrían caído allí mismo, envenenados por los gases de los cuerpos en descomposición.

Avanzaron pisando fuerte con sus botas, asegurándose en repetidas ocasiones para no pisar los cadáveres.

Muchos equipos habían sido destruidos por disparos de láser o pequeñas granadas atómicas.

Cuando llegaron a los archivos de planos, vieron que la puerta acorazada estaba reventada y su interior había sido incinerado en un brutal ataque.

—No encontraremos planos —observó Sakerman descorazonado.

—Lo han destruido todo en su locura. Hay hombres que tienen fusiles en sus manos; debieron de utilizarlos hasta el último momento, matando al prójimo con objeto de sobrevivir.

—Posiblemente, la sala de archivo de mapas se auto-destruyó al querer violarla. Los que están afuera también buscarían los planos para descubrir los refugios atómicos.

—Pero no los consiguieron. Tampoco había refugios atómicos para todos.

—Vamos a los hangares.

—¿Espera encontrar algo abajo, Sakerman? —le preguntó Horemheb a través de la máscara y gracias al intercomunicador.

—No lo sé. Quiero dar un vistazo antes de regresar a la pirámide a través del Pacífico y cruzar por Asia.

Siguieron buscando por los corredores subterráneos y así arribaron a los hangares.

Allí había varias grandes naves de combate.

Horemheb hubiera silbado de admiración de no tener colocada la mascarilla.

—¿Estarán preparadas o inservibles?

—Lo probaremos, podríamos llevarnos una. Siempre sería una defensa más apropiada que nuestra «Omega» si nos atacan.

—De acuerdo, veremos cuál está más presentable.

Buscaron entre las naves hasta elegir una de ellas. Horemheb dijo:

—Está equipada con cinco bombas termonucleares de gran potencia y posee cañones láser de largo alcance.

—¿Y cómo está de combustible atómico?

—Perfecta, dispuesta para salir de este agujero.

—¿Te atreves a conducirla tú solo?

—¿Yo solo? —Horemheb hizo una pausa—. Tiene mandos automáticos. ¿Quiere decir que conservaremos también la «Omega»?

—Sí —asintió Sakerman—. Es más manejable que este aparato.

—De acuerdo, lo intentaremos.

En la gran nave bélica abandonaron el hangar cuya puerta, camuflada desde el exterior, tuvieron que abrir mediante medios mecánicos.

La «Omega» se situó delante de la gran nave de guerra que controlaba solo Horemheb, gracias a sus automatismos, y ambas se dirigieron hacia Asia atravesando el Pacífico.

Toda la Tierra ofrecía el mismo aspecto desolador.

Sakerman se comunicó con Horemheb y le dijo:

—Continúa hasta el desierto egipcio, hasta la pirámide del profesor, y esconde la nave dentro de las aguas del Nilo.

—De acuerdo, no la verán. Además, aunque tengan sensores de infrarrojos, con tanto cadáver en putrefacción hay demasiados focos

de calor que darían falsas posiciones.

—Yo me reuniré con vosotros después.

—¿Desea dar otra ojeada? Si no hay nada, Sakerman, nada vivo excepto hierba precoz.

No sabía por qué, pero un nombre se le había cruzado en la mente: Gurú Zail.

¿Qué sería de aquel oasis situado en Turquía? Quiso averiguarlo y así fue como las dos naves se separaron.

CAPÍTULO IX

En la memoria de la «Omega 2020» tenía la posición exacta del oasis de Gurú Zail, que fuera objeto de investigación por parte de la policía Mundi-Federal.

Siempre avanzando a escasa distancia del suelo para no ser detectado por algún posible enemigo, se internó en el desierto de Anatolia y arribó a las inmediaciones del oasis.

Preparó el tanque de oxígeno y dio un vistazo al sensor para comprobar la cantidad de gases que había en el exterior, pues no dejaban de ser un medidor de la cantidad de cadáveres que podía encontrar.

Quedó perplejo.

—Diablos, aquí no hay contaminación.

Aquello no encajaba, salvo que hubieran evacuado el lugar a la llegada de los fríos causados por el cubrimiento del Sol con el panel artificial de metal líquido en suspensión, como la más dañina nube jamás conocida por el hombre terrestre.

Se dispuso a averiguar si había algo vivo allí.

Se internó entre los árboles muertos y las plantas aplastadas. No había nada con vida. Los espacios en que los prosélitos de Gurú Zail encerraran a los animales, aparecían vacíos, no estaban los cadáveres.

—¿Habrán evacuado los animales o se los habrán comido? —se preguntó.

Portaba entre sus manos el fusil láser; estaba dispuesto a repeler cualquier ataque que surgiera por parte de desconocidos.

Comenzó a descubrir plantas, pero aquellas plantas no eran simple y precoz hierba nacida espontáneamente tras los deshielos. Eran plantas más evolucionadas. Se acercó a una de ellas y observó que a su alrededor la tierra estaba removida.

Medio arrodillado, quedó pensativo un instante. Después, como perro al acecho, miró en derredor.

Tenía la sensación de que no estaba solo, pero ¿quién podía estar en aquel oasis que comenzaba a recuperar su verdor tras los dos largos

años de congelación?

—¡Eh, amigo, amigo!

La voz le sorprendió, le pareció falsa, como si dentro del gran silencio que le rodeaba su mente le estuvieran gastando una broma pesada.

—¡Estoy aquí, amigo! —repitió la voz femenina que reclamaba su atención.

Se volvió y la descubrió junto a una *heráclea* recién plantada y a su vez bastante grande, lo que hacía pensar en un trasplante de lugar.

Tuvo que parpadear tres veces tras el protector visual adherido al casco para dar crédito a lo que estaba viendo.

—¿Qué pasa, me tiene miedo? —se rio la muchacha.

Era espigada, joven y muy bella. Vestía la mínima expresión de ropa y parecía feliz. Sin duda alguna, era una de las chicas que habían acudido al oasis buscando las palabras y el supuesto paraíso de Gurú Zail.

—¿Cómo... cómo has conseguido salvarte de los hielos? ¿Y las plantas?

La muchacha se encogió de hombros y corrió hacia él. Le cogió del brazo, alegre y vivaz. El hombre se mostraba tan perplejo por aquel encuentro como interesada ella.

—¿Gurú Zail vive?

—Sí, claro. Tú y él sois los únicos hombres, no hay más, pero él nos prometió la inmortalidad después de los fríos y la ausencia del Sol y aquí estamos. Teníarazón, pero muchos no le quisieron creer y se marcharon cuando empezaron a morir las primeras plantas. Sin embargo, ya ves, estamos repoblando este oasis de amor y paz.

—¿Estáis? ¿Tú y quién más?

—¡Eh, eh! —gritó otra voz femenina.

Pronto se vio rodeado por casi una docena de muchachas jóvenes y hermosas.

Parecían medio silvestres, a juzgar por la poca ropa que llevaban y el desorden de sus largos cabellos, así como la ausencia de calzado.

Todas reían a su alrededor y Sakerman comenzó a sentirse preocupado. Allí había demasiadas chicas reclamando su atención y ya habían dejado de tocarle como si temieran que él también fuera una pesadilla, pronta a desvanecerse.

La situación se complicó cuando tres de aquellas jóvenes empezaron a estirarle de las ropas, arañándole incluso.

Se las sacudió de encima y echó a correr, pero ellas le persiguieron chillando. Entre sus gritos había carcajadas y palabras muy subidas de tono.

Llegó al centro del oasis donde se hallaban las antiguas ruinas dentro de las cuales Gurú Zail había construido su refugio que, al parecer, había funcionado perfectamente.

De pronto, en lo alto, apareció la figura obesa, vestida con la túnica dorada.

—¡Quietas todas, a vuestro trabajo! —ordenó—. ¡La que no obedezca será azotada!

Las muchachas bajaron la cabeza, dejaron de reír y se alejaron hacia sus labores de horticultura, pues todas ellas parecían estar repoblando el oasis.

Desde el pie de las antiquísimas escalinatas, Sakerman observó a Gurú Zail y éste le devolvió la mirada.

Ambos se escrutaban con extrañeza. Cada cual conocía su propio método de supervivencia que el otro, forzosamente, ignoraba.

—Vaya, si es el capitán Sakerman. Cuánto gusto volver a verle.

—Hola, Gurú Zail, jamás llegué a imaginar que tuviera aquí un refugio tan excelente.

—El suyo tampoco ha debido de ser malo, se ve muy bien. ¿Dónde se ha metido usted en este período glacial, y cómo ha logrado sobrevivir? ¿Cuántos más han escapado a la muerte?

Sakerman le miraba a través de su visor oscuro que le protegía los ojos y tuvo el convencimiento de que aquel ser era nefasto y maligno. Decidió no decirle la verdad, lo que hubiera significado contarle todo sobre la pirámide.

—Son muchas preguntas de golpe y yo también tengo muchas para hacerle a usted, Gurú Zail.

—Sí, claro —asintió, cogiéndole por el brazo para conducirlo hacia la entrada de los subterráneos—. Ya ve, Sakerman, tanto criticar este oasis y será el resurgimiento de la vida, porque yo me cuidé de guardar cada una de las especies de plantas y animales; por supuesto, no todas, pero sí las más interesantes y, aprovechables. Desgraciadamente, muchas especies habrán desaparecido para siempre.

Sakerman decidió mentir a Gurú Zail hasta que se desvanecieran las sospechas que comenzaban a anidar en su mente.

Sus ropas quedaron manchadas de aquel sudor de sangre que Gurú Zail transpiraba permanentemente por sus palmas.

—El refugio atómico ha funcionado —dijo Sakerman—. Ha servido para protegerse del frío, y como estaba abastecido de alimentos...

—Sí, claro, pero el período ha sido muy largo.

—La verdad es que sólo hemos sobrevivido unas docenas de personas.

—¿Y en qué lugar? —inquirió Gurú Zail, muy interesado.

—Brasilia, pero, cuénteme, cuénteme. ¿Tan perfectos su refugio que no sólo ha conseguido salvar a personas sino también flora y fauna?

—Desde luego.

—¿Y dónde están ahora los animales?

Gurú Zail rio ligeramente y repuso:

—Venga, venga conmigo. Se asombrará, seguro que no ha llegado a imaginar nada semejante.

Descendieron a las profundidades de las ruinas.

Allí estaban las mesas y los paneles electrónicos, controlados por chicas muy parecidas a las que estaban en el exterior, pero éstas ejecutaban una labor distinta, más tecnificada.

—Veo que se ha preocupado de proteger a las chicas y no a los chicos.

—También, también habrá muchachos. Ellas están tan ansiosas de que haya hombres como parece estarlo usted.

—Presumo que los motivos son diferentes, Gurú Zail.

—Sí, claro, muy diferentes —admitió.

Gurú Zail se adelantó hacia una pared y pulsó un resorte. Todo un bloque de piedra comenzó a girar automáticamente, dejando al descubierto una rampa descendente, iluminada por luces rojizas.

—¿Ahí abajo está su refugio atómico?

—Algo así. La verdad es que me ha sorprendido usted, Sakerman. Creí que sólo los que estábamos en este oasis nos íbamos a salvar, pero siento deseos de mostrarle mi sistema que, obviamente, es mucho más adelantado que el suyo.

Se internaron por la rampa descendente hasta llegar a una sala bellamente iluminada y guarnecida con almohadones y cortinajes de agradables colores.

Allí había tres jóvenes que se levantaron al verles. El parecido entre ellas era extraordinario, aunque el color de sus cabellos cambiaba.

—Hermosas, ¿verdad?

Las tres chicas se acercaron a Gurú Zail para hacerle zalamerías, pero sus ojos ansiosos buscaron a Sakerman, joven, alto y fuerte.

—¡Si son las hermanas Lorenes, las desaparecidas gemelas! —exclamó Sakerman.

La rubia, sonriéndole abiertamente, dijo:

—Me llamo Yiyi.

La pelirroja se identificó a su vez.

—Yo soy Jana.

—Y yo, Vlasta —dijo la tercera, de largos cabellos negros.

—De modo que me dijo que ignoraba dónde estaban y las tenía aquí, en el subsuelo del oasis...

—Son mis favoritas. Les he ofrecido la supervivencia a las tres; por tanto deben de agradecermelo.

—Antes era usted mucho más pacífico y persuasivo, Gurú Zail. Ahora se muestra exigente y demagógico como un dictador.

Los ojos de Gurú Zail centellearon agresivos. Quiso espetar algo, pero no llegó a salir de su boca porque lo sujetó entre sus dientes. Luego, dulcificó el rictus de su cara y pidió:

—Venga, venga por aquí, le mostraré maravillas. Por cierto, ¿cómo ha llegado hasta el oasis?

—En mi «Omega 2020».

—Ah, ya, su aeronave policial. ¿Ha venido solo o con aquel insolente sargento negro?

—Solo. No he sabido de Horemheb desde que empezó el principio del fin —siguió mintiendo.

—Ya. ¿Y cuántas naves hay allí?

Las preguntas parecían amistosas, pero Sakerman se dio cuenta de que aquello era un mal disimulado interrogatorio y no podía ponerse al descubierto con Gurú Zail porque sospechaba algo horrible de él.

La rubia Yiyi se colgó del brazo de Sakerman; Jana se colocó entre los dos hombres y Vlasta, al otro lado.

Pasaron a una gran sala bien iluminada en la que había una cámara de cristal cerrada y vacía. Allí había muchos artilugios indiscifrables para Sakerman; sin embargo, lo que sí identificó fueron los largos y altos anaqueles que cubrían toda una larguísima pared.

—Los reconoce, ¿verdad, Sakerman?

—Parecen cartuchos de *cassette* de larga duración.

—Eso es —asintió Gurú Zail con orgullo y arrogancia.

A Sakerman, experto policía, le dio la impresión de que Gurú Zail era como el criminal que si no ve reconocida la perfección de su crimen no se siente satisfecho y necesita alardear de ello, pero no estaba seguro de cuál podía ser su delito.

—Cada cartucho de *cassette* puede ser una persona, un animal o una planta adulta y reproductora.

—¿Cómo dice, que un ser humano está metido dentro de cada uno de esos cartuchos?

—Sí —afirmó categórico—. Y estarán ahí hasta que yo crea oportuno sacarlos, porque los he convertido en impulsos

electromagnéticos, lo mismo que a las chicas y fíjese, fíjese cómo están de vivas y hermosas. ¡Vamos, bailad para Sakerman, bailad!

Las carcajadas de Gurú Zail se multiplicaron bajo aquellas ruinas, dentro de la gran sala llena de extraños aparatos y millares de *cassettes* meticulosamente ordenados.

Y las tres hermanas Lorenes, utilizando aquellas carcajadas como música, danzaron en honor del recién llegado, del superviviente Sakerman.

CAPÍTULO X

—Pero, ¿cómo puede meter a un ser vivo dentro de un cartucho de *cassette*?

Gurú Zail seguía riendo en su arrogancia y satisfacción. Había conseguido lo que se proponía: asombrar al capitán Sakerman.

—Difícil dentro de lo fácil, y fácil dentro de lo difícil.

—Explíquese —apremió Sakerman.

Las tres hermanas Lorenes detuvieron sus danzas. Estaban fatigadas, jadeaban, y sus finos y hermosos cuerpos se hallaban empapados de sudor.

—¿Ve esa cámara?

—Si se refiere a esa celda o caja de cristal, sí.

—Es muy resistente. Dentro se coloca a la persona, animal o planta y se actúa en los mandos electrónicos.

—¿Y qué ocurre?

—Pues que el ser se transforma en un tipo de energía aún no descubierta por la civilización terrestre. Automáticamente, esa energía se convierte en impulsos electromagnéticos que son fijados en la cinta de larga duración, encerrada dentro de los *cassettes*.

—Y para que se recupere el cuerpo, ¿hay que hacer el sistema a la inversa?

—Eso es. Fascinante, ¿no?

—Sí, muy fascinante, pero ¿quién le ha enseñado esa técnica? La tecnología de nuestra civilización no se hallaba tan adelantada como para poner en marcha ese procedimiento de transformación de seres vivos en impulsos electromagnéticos que pueden ser guardados.

—Es verdad, la tecnología de nuestra civilización no estaba suficientemente avanzada. ¿Y no adivina quién ha preparado todo esto?

—Me causa horror pensar que usted ha podido ser el Judas de la humanidad.

Gurú Zail volvió a soltar una fuerte risotada. Sin duda alguna, había cambiado mucho. Se mostraba muy diferente a la anterior ocasión. Ahora se sentía seguro, importante.

—Yo estaría muerto si no fuera por ellos.

—¿Ellos?

—Sí, esos seres que llegan desde más allá de nuestro Sol. Es inútil que le explique de qué planeta y de qué sistema solar vienen, da lo mismo; lo que importa es que han llegado y llevan mucho, tiempo preparando la ocupación del planeta Tierra.

—Sí, la más grande y monstruosa invasión conocida. Han muerto centenares de millones de seres humanos.

—Necesitaban un espacio. Ellos no podían bajar y luchar contra nosotros, buscándonos como si fuéramos hormigas que se ocultan bajo la tierra. De atacar en una guerra abierta, nos hubieran derrotado con facilidad. Poseen armas muy eficaces, pero la guerra se hubiera transformado en una guerra de guerrillas y ellos, que han estudiado a fondo nuestra historia, se han dado cuenta de lo que es capaz de hacer el terrícola un tanto indisciplinado metido en una contienda de este tipo. Hubiera sido demasiado expuesto.

—Y prefirieron congelar la Tierra. Una forma muy sofisticada de eliminar todo vestigio de vida.

—Todo, no. Por lo visto han resistido algunos grupos como el de usted.

—Sí, y usted y sus chicas.

—Yo lo tenía prometido y las muchachas también.

—¿Y los hombres que debe de tener encerrados dentro de esos cartuchos de *cassette*?

—Ellos vendrán paulatinamente. Los hombres somos más violentos, tenemos más arraigado el espíritu de lucha y soltarlos ahora, de golpe, sería peligroso.

—¿Para qué los guarda, para irlos soltando paulatinamente y así seguir teniendo esclavas?

—Ha dado en el clavo, Sakerman. Ellos no quieren la eliminación total de la raza terrícola que servirá para cuidar la flora y la fauna.

—Ya, unos sirvientes para los invasores.

—Cuando el enemigo es más fuerte, no queda otro remedio que someterse, Sakerman. Es una ley atávica.

—No para todos. Siempre ha habido quienes se han rebelado.

—Y que han terminado ejecutados.

—Todos no, Gurú Zail, todos no.

—¡Bah! Contra ellos no había posibilidad de lucha alguna, me di cuenta cuando me salvaron la vida. Me hallaba perdido en el desierto provocado por unas explosiones atómicas; las radiaciones malignas me habían alcanzado. Apareció su nave y se pusieron en contacto conmigo, ¿lo oye? Conmigo. Me curaron y me ofrecieron la supervivencia. Yo conocía muy bien al ser humano. Podía escoger a los mejores reproductores jóvenes para cuando ellos llegaran y les pareció bien mi plan.

—Y eligió a la juventud inconformista.

—No crea, muchos acudían a mi oasis por simple mimetismo, pero no eran rebeldes. Los más rebeldes no pasaron por la cámara de transformación, no me interesaban. Fui escogiendo según veía.

—¿Como a las hermanas Lorenes?

—Ellas son mi capricho particular, y tengo derecho a él.

—¿Derecho de qué clase, Gurú Zail, acaso el botín del chacal después de que las fieras abandonan la carroña?

—¿Las llama carroña a ellas?

—No, le llamo chacal a usted.

—¿Debo de sentirme ofendido? —Tornó a reír—. No me hará perder la calma, Sakerman. Yo soy fuerte y encambio usted... —Hizo una ligera pausa y agregó—: Vivirá mientras yo lo crea conveniente, sólo eso.

—¿Cree que es tan fácil matarme?

—¿Lo dice porque está armado? Ellos lo están mucho mejor, son más fornidos que nosotros y tienen una constitución más recia. Su sangre es azul, como la de algunos crustáceos, es decir, hemacianina en lugar de hemoglobina como nosotros. En una lucha contra ellos, nada podríamos hacer.

—Podría liberar a los que están dentro de los *cassettes* y huir de aquí para comenzar una guerra de guerrillas.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Vuelva la cabeza despacio, Sakerman. Cualquier gesto inoportuno puede costarle la vida.

Ante aquella invitación, Sakerman obedeció y descubrió a tres féminas desconocidas que empuñaban fusiles láser con los que le encañonaban.

—¿Cree que van a disparar contra mí?

—Naturalmente, Sakerman. Si comete una tontería lo convertirán en ceniza y no crea que porque son mujeres van a dejar de apretar el gatillo. Están bien entrenadas. Cuando vinieron a mi oasis, ya provenían de un ejército femenino. Dos de ellas eran oficiales y la otra, suboficial. Ahora son mi propia policía de control. Ellas saben que no serán esclavas como las demás y les conviene obedecerme.

—De modo que les ha prometido ser las cancerberas de las demás mujeres.

—Alguien tiene que empuñar el látigo, ¿no?

—Lo ha previsto todo, ¿verdad, Gurú Zail?

—Bueno, no soy tan estúpido como para pretender hacerle creer que todo lo he previsto yo. De ninguna manera. El plan psicológico es mío, pero la técnica es de ellos, por eso me entregaron los planos para montar todo este sistema que hay aquí. La verdad es que nos han observado durante años y conocen perfectamente nuestro idioma, nuestro sistema de grafía, etcétera. También recibí una serie de planos muy comprensibles que entregué en porciones a distintos ingenieros electrónicos para que construyeran lo que necesitaba, pero sin explicar a ninguno de ellos cuál era el fin de todo. La máquina se construyó y yo mismo fui el último en penetrar en esa cámara de transformación.

—¿Y quién manejó los mandos?

—Dejé el automático colocado; además, yo sabía muy bien el tiempo que iba a durar la ocultación del sol. Ellos me lo habían comunicado, por eso ya estaba preparado el automatismo para devolverme mi estructura biológica. El cartucho de *cassette* en el cual quedé encerrado no se movió del aparato receptor y al ponerse en

marcha automáticamente, regresé de nuevo a la cámara en forma de energía. Después, recobré mi cuerpo y, cuando salí al exterior, aún había mucho hielo, pero ya brillaba el sol que comenzaba a derretirlo y ellos se pusieron en contacto conmigo.

—¿Y qué le dijeron, «¡Hurra!, hemos eliminado a los terrícolas?»

—Muy sarcástico, Sakerman. Me dijeron lo que pensaban hacer.

—¿Y qué fue? Después de matar a todos los seres vivos, se han largado.

—No se han largado. Están cien millas al Norte, en una hoya natural que existe.

—No me diga...

—Están allí porque establecen una especie de cuarentena. Muchos de los virus terrestres son extremadamente peligrosos para ellos. Son pacientes y saben esperar. Lo han hecho durante muchos años y ahora ya podrán transformar la Tierra en una de sus colonias astrales.

—¿Y a qué esperan, a que el virus de la gripe no les ataque?

—Hay una corrupción de cadáveres enorme en toda la Tierra y el ambiente está envenenado. A nosotros no nos va a perjudicar demasiado, pero a ellos, que necesitan un aire más puro, sí. Permanecerán quietos hasta que el aire se purifique. Es cierto que podrían salir con escafandras y de hecho ya han estado aquí dentro. Han comprobado que todo funciona correctamente y luego se han marchado a su, digamos, campamento. Allí yacen ahora aletargados, creando defensas en sus propias sangres para resistir los virus y bacterias terrestres. Una guerra integral habría dejado la atmósfera terrestre demasiado deteriorada; con los fríos han conseguido su objetivo de una forma más limpia.

—De modo que cuando el aire esté puro ellos saldrán. ¿Y qué harán entonces, mezclarse con los llamémosle terrícolas? —preguntó mirando a las gemelas y luego a las tres policías armadas.

—No, ellos son de otra especie no reproducible con la nuestra. Son tipos muy listos. Quieren que la Tierra se repueble de plantas y animales, en ello trabajarán las chicas y luego se reproducirán gradualmente.

—Y los hombres, cuando hayan cumplido su misión de zánganos, ¿qué pasará con ellos?

—Serán exterminados. Sólo serán eso, zánganos y las mujeres, un pueblo de hormiguitas dóciles y laboriosas. Ellos se han dado cuenta antes que nosotros de que las hembras son el sexo fuerte y no el débil. Resisten más y también tienen a su favor el ser menos belicosas.

—Pero, ¿de veras cree que todo ese plan seguirá adelante?

—¿Quién va a poder evitarlo, Sakerman?

—Hay más hombres vivos.

—¿En Brasilia? ¡Bah!, pronto serán eliminados.

—Pueden quedar más en otras partes...

—Todo el planeta será rastreado meticulosamente y sólo sobrevivirán los que estén controlados por mí. Los demás serán eliminados como alimañas peligrosas, pero a usted le haré un favor.

—¿Ah, sí, cuál es?

—Le convertiré en el primer zángano.

—Caramba, es usted muy amable.

—Ya sabía que le parecería bien. Las hermanas Lorenes son mi capricho particular, ya lo sabe, pero hay muchas más. Siempre será un consuelo para usted dejar descendencia antes de ser exterminado.

—De modo que no tengo otra escapatoria.

—No. Muere ahora mismo o muere más tarde, pero con la satisfacción de haber dejado descendencia. Después de todo, debería agradecérmelo. Debí eliminarlo nada más verlo.

—Ha sido usted débil en su soberbia, necesitaba explicarle a alguien que no fuera esclavo suyo lo que había hecho al convertirse en el gran Judas y en perro adicto a los invasores.

—No voy a irritarme por sus palabras; también he aprendido de ellos a tener paciencia. Hay que saber arrimarse al árbol que más sombra da.

—Gurú Zail, es usted el mayor cerdo que jamás ha conocido la Tierra. No ha reparado en medios para salvar su pellejo inmundado, ahíto de grasa y chorreante de sangre.

—¿Chorreante de sangre? Sí, es algo que ellos no pudieron arreglar, no saben demasiado de nuestro tipo de sangre, pero da lo

mismo.

—Ha escogido esclavas y esclavos destinados al matadero después de la fecundación y eso es de lo más repugnante.

—Usted será el único zángano que lo sabrá. Los demás, disfrutarán unos días el máximo que puedan y luego, desaparecerán. ¿Ha oído hablar del pueblo de las míticas amazonas?

—Sí, pero esto no es un juego, Gurú Zail, y tampoco las amazonas serán las dueñas de nada, sino esos invasores. Las pobres chicas sólo son obreras esclavas y reproductoras.

—De alguna manera tienen que pagar el seguir viviendo. El resto de la humanidad ha desaparecido; en cambio, ellas están vivas y no han pasado por las penalidades de la guerra del sol oscurecido.

—Ellas no serán esclavas, Gurú Zail. No convertirán el planeta Tierra en un Edén para esos invasores extra-terrestres. Usted pedía que le trajeran animales y plantas, y las engañó. Las hizo creer en una falsa doctrina de paz y amor; por eso acudieron a este oasis.

Gurú Zail soltó una risita sorda.

—La juventud, ansiosa de rebelarse contra las estructuras ya establecidas, es muy fácil de engañar por una personalidad como la mía. Algo tenía que ofrecerles para que vinieran aquí y yo pudiera seleccionarles al tiempo que almacenaba animales y plantas sin despertar sospechas.

—Esto se terminó, Gurú Zail.

—¿Qué se terminó?

Rio convulsionado su cuerpo obeso, sacudiendo las manos a lo largo de su túnica dorada, manchándola de aquella sangre que transpiraba a causa de una enfermedad causada por las radiaciones atómicas.

—Sí, Gurú Zail. Va a colocar los *cassettes* de hombres en la máquina para devolverles su estructura biológica y aún estaremos a tiempo de emprender una guerra de guerrillas contra los invasores.

—Ni lo sueñe, Sakerman. Es una pena. Le había dado una oportunidad, pero no ha sabido aprovecharla. ¡Muchachas, exterminadlo, me fatiga ya su conversación!

Sakerman observó a las jóvenes que con los labios prietos le

miraban a él, apuntándole con sus fusiles láser.

No tenía tiempo de colocar el suyo en posición de disparo y hacerles frente. A ellas les bastaba con apretar el gatillo y lo convertirían en cenizas.

—Si me disparáis, habréis escogido la esclavitud para vuestras compañeras y para vosotras mismas. Incluso, si sois fecundadas como conejas, como él tiene previsto en su diabólico plan, vuestras hijas se convertirán en obreras esclavas y los varones serán exterminados salvo que algunos sean seleccionados como zánganos de reproducción. ¿Es ese el tipo de vida que deseáis? Si es así, desintegradme. Yo no quiero dejar descendencia para entregarla como tributo a los invasores.

—¡Estúpidas, disparadle ya, no le escuchéis! —gritó Gurú Zail.

CAPÍTULO XI

Las tres jóvenes que estaban en tensión, observadas a su vez por las fatigadas hermanas Lorenes, desviaron sus cañones y el propio Sakerman les gritó:

—¡No, eso tampoco!

Mas fue tarde.

Tres potentes rayos Láser convergieron en la figura obesa de Gurú Zail, el chacal, el Judas, el traidor que había ayudado a los invasores a ocupar la Tierra, cuidando de que quedaran animales, plantas y esclavas para repoblar el planeta tras los hielos apocalípticos.

Gurú Zail se puso ígneo. Se convirtió en una bola luminosa y no tuvo ni tiempo para lanzar un alarido. Se consumió y en el suelo apenas quedaron unos restos de cenizas que Sakerman contempló un tanto desesperanzado.

—Él era el único que sabía cómo funciona esta maldita máquina de reconversión.

—Nosotras hemos visto en algunas ocasiones como la manejaba —dijo Yiyi.

—Sí, lo hemos visto, aunque a lo peor nos sale mal y cada *cassette* que se estropee es una vida que se pierde. ¿Cómo sabremos si estamos asesinando a un muchacho o a una planta?

—En ese caso, calma. No toquéis absolutamente nada de aquí.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Vlasta.

—Yo no soy el único superviviente; también hay uningeniero muy experimentado y si le dais algunas indicaciones, entre todos, formando equipo, creo que la máquina podrá ser puesta en funcionamiento.

—Te olvidas de los invasores —le recordó una de las policías que eliminaran a Gurú Zail.

—Veré qué puedo hacer con ellos.

—¿Solo? —le preguntaron asombradas e incrédulas a la vez.

—Haced caso de lo que os digo. Llamad a todas las chicas y que

se refugien aquí abajo hasta que yo regrese. Si se quedan afuera, pueden morir.

—¿Podemos acompañarle? —preguntaron las jóvenes policías—. No va a hacer la guerra solo.

—Tengo a mi favor que ellos están aletargados en esa especie de cuarentena para que su sangre produzca defensas contra los virus y bacterias terrestres. De nada servirá que vayamos muchos a enfrentarnos a ellos. Tengo un plan.

Las muchachas decidieron confiar en Sakerman y éste se alejó del oasis a bordo de su «Omega 2020».

Las chicas se instalaron en el refugio y Sakerman se puso en movimiento, al tiempo que comenzaba a llamar con la esperanza de que los invasores no interceptaran su señal por ondas y que a la vez Horemheb le escuchara.

—¡Atención, Horemheb, atención, llama Sakerman, atención Horemheb...!

Desgraciadamente, no obtenía respuesta mientras avanzaba por el desierto en dirección norte, buscando la cavidad natural de que le hablara Gurú Zail antes de ser exterminado.

—¡Atención, Horemheb, atención, llama Sakerman! —repetía mientras volaba sobre las piedras, antes heladas y ahora calientes, pero yermas, sin la vida del escorpión o la serpiente bajo ellas.

Comenzó a subir por una colina de suave pendiente que en lo alto quedaba cortada para formar un gran cráter.

Y abajo, en el fondo llano del mismo, cinco gigantescas naves extrañas. Dentro de cada una de ellas debían de hallarse millares de invasores dispuestos a salir en el momento adecuado, como insectos perniciosos del interior de sus huevas.

—¡Por Belcebú! —exclamó.

—¿Llamaba, Sakerman, llamaba? —interrogó la voz del negro Horemheb.

—¡Ya era hora, Horemheb! He tenido que invocar a Belcebú para que suene tu maldita voz.

—¿Qué le ocurre, Sakerman? Parece nervioso —le respondió Horemheb.

—¿Y cómo estarías tú si te hallaras frente a cinco grandes naves repletas de invasores?

—¡Cáspita! ¿Los ha encontrado?

—¡Sí!

—¿Qué posibilidades tiene de escapar con vida?

—No lo sé, pero en el oasis de Gurú Zail están las chicas vivas. En fin, es muy largo de contar... Prepara los cinco «pepinos» de la nave que sacamos de Brasilia.

—¿Los cinco? —repitió Horemheb asombrado.

—Sí, los cinco.

—Está bien. Lárguese pronto del lugar y deme la posición. Que Dios nos acoja en su seno.

En aquel instante, por la ladera interior de aquella especie de cráter, aparecieron varios seres embutidos en trajes y cascos preservativos hacia el medio exterior.

—¡Diablos, Horemheb, me han descubierto!

—¡Sakerman, la posición, la posición! —apremió el negro. ..

—Un momento que mire los instrumentos para ver la que me dan...

Mas vio que le apuntaban con sus armas y no pudo perder tiempo consultando el instrumental en busca de las coordenadas.

Pulsó el botón y disparó los cañones que poseía la «Omega 2020».

Fue barriendo a los invasores que a su vez pretendían atacarle a él, pero sabía bien que si las grandes naves extraterrestres se ponían en movimiento, no sería lo mismo atacarlas a ellas que a los seres de aspecto humanoide, embutidos en sus respectivos trajes.

—¡Lárguese a la máxima velocidad que pueda! —le gritó Horemheb, cuyo rostro aparecía en la pantalla de TV-color de la «Omega 2020», conectada desde el principio de la llamada.

Tras barrer a los centinelas del campamento de naves invasoras, Sakerman decidió hacer caso a Horemheb y dando media vuelta, partió de regreso hacia el oasis a la máxima velocidad.

Sus sensores captaron cinco objetos no identificados que volaban a gran altura y en dirección contraria.

Poco después, aquel punto de la Tierra que era el cráter donde se habían refugiado las naves invasoras, se convertía en un pequeño sol.

Desde una nave militar terrestre, situada bajo las aguas del Nilo, habían brotado cinco misiles atómicos intercontinentales.

La «Omega 2020» sufrió una violenta sacudida por la popa. Sakerman habría quedado estrellado contra el panel de instrumentos de no hallarse sujeto por los atalajes de seguridad; sin embargo, la brutal sacudida le hizo perder el conocimiento mientras todo a su alrededor se convertía en una luz cegadora que todo lo quemaba.

EPÍLOGO

Se hallaban en la gran sala de conversión de estructuras biológicas vivas en impulsos electromagnéticos.

Las tres hermanas Lorenes colaboraban febrilmente con el ingeniero Hansher, que trataba de descifrar los planos y paneles que tenía delante.

El profesor Goriev intentaba ayudarles en lo que podía.

—¿Cómo localizaste la posición, Horemheb, si no llegué a dártela?

—Tenía abierto el canal de televisión y pude ver las coordenadas en el salpicadero de la «Omega» con mis propios ojos, mientras usted se entretenía en barrer con sus cañones a los centinelas, por eso le dije que se largara cuanto antes.

—Y a fe mía que lo hice.

—Por poco te mata —runruneó Judith Campanella, que cogía a Sakerman con su brazo por la cintura.

—Bah, el capitán es duro de pelar y estaba dentro de la «Omega».

—Gracias a eso no quedé frito. La onda termonuclear fundió las naves invasoras y me hubiera fundido a mí también si el epicentro de las explosiones no hubiera quedado dentro de aquella especie de cráter u hoyo natural. También hay que agradecer que la «Omega 2020» tiene un sistema de automatismo perfecto. Cuando perdí el control, ella sola conectó el piloto automático y siguió volando hasta que recuperé el conocimiento y me pregunté si todo había sido una pesadilla o no.

—Pues, ya ves, los invasores han sido destruidos —le dijo Judith.

—Y sólo quedamos los que aquí estamos, mientras no se descubra algún refugio atómico —dijo Horemheb:

—¡Ya lo tenemos, ya lo tenemos! —gritó el ingeniero Hansher con su acusado acento germánico.

—¿El qué?

—¡Un *cassette* listo para reconvertir lo que hay grabado en él!

Los presentes se pusieron en tensión.

Ceremoniosamente, Hansher colocó el cartucho de *cassette* en el lugar adecuado y comenzó a manejar la complicada máquina.

Al poco, ante los ojos asombrados de todos, la gran caja de cristal se fue llenando de un gas luminoso. Después, se formó una masa humanoide... Las chicas se estremecieron y al fin, apareció un ser totalmente biológico.

—¡Si es un orangután! —exclamaron desilusionadas.

—Sí, un orangután. Bueno, yo he leído aquí «macho», pero no podía exponerme primero con un ser humano. Tenía que probar antes con un humanoide, esa es la norma ortodoxa de la Medicina. ¿No es así, doctora Campanella?

—Sí, Hansher. Mi enhorabuena, ahora ya sabe cómo funciona la máquina.

—Es cierto, y voy a comenzar a traer muchachos para dar pareja a estas chicas.

—Sí —dijo Horemheb— y traiga también a una muchacha de piel de ébano que no esté nada mal.

Se escucharon aplausos por parte de las chicas.

—Todo se andará, todo se andará —rezongó Hansher sintiéndose importante al tiempo que admirado por las hermosas Lorenes que materialmente lo cercaban.

—¿Qué te parece si salimos fuera, Judith? —propuso Alan Sakerman—. No hay radiación y el calor es agradable.

—Como tú quieras.

Cogidos por la cintura, ambos ascendieron la rampa hacia la gran terraza de las ruinas del oasis de paz y amor.

Era de noche y los dos se sentaron en las escalinatas. Al tiempo que miraba las estrellas, Judith musitó:

—Mañana sí saldrá el Sol.

Y decidieron aprovechar lo poco que les quedaba de noche...

FIN

[1]Esta teoría ha sido sustentada en repetidas ocasiones durante la segunda mitad del siglo veinte por importantes científicos.